

Humo

Juan Carlos Rubio

(Premio 2005 de Teatro
de la Sociedad General de Autores de España.)

Prólogo

Desde que los griegos introdujeron el teatro en el acervo cultural de la humanidad, la creación dramática -ya sea en forma de texto o en su modalidad representativa escénica- se ha constituido en singular instrumento de reflexión del hombre sobre sí mismo. En el escenario, generaciones y pueblos se han interrogado sobre la esencia de la identidad humana, han investigado sobre las insondables pasiones y emociones que nos hacen humanos y los poderosos conflictos que la identidad de humanos nos depara. Es así como Shakespeare nos proporciona lecciones eternas sobre la ciega ambición de poder y sobre la culpa como inevitable consecuencia y Cervantes nos informa de la dualidad fundamental del ser humano que se debate -también eternamente- entre su lealtad a grandes ideales y a poderosos intereses terrenales.

Si se puede afirmar que en cada época, sociedad y cultura surge el teatro que se necesita, hay que preguntarse qué indagaciones dramáticas pueden iluminar los poderosos conflictos de las sociedades occidentales postmodernas. Los humanos que habitamos en ellas, perdida la fe ciega en los valores -bien de inspiración religiosa, bien emanados de la potentes y tormentosas ideas filosóficas de la llamada Ilustración- que nos han constituido durante siglos, nos planteamos, una vez más, dilemas desgarradores sobre la autenticidad de nuestro ser y la búsqueda del sentido de nuestra existencia.

La mano de Juan Carlos Rubio, a través de una obra, *Humo*, construida con un lenguaje muy evocador, sitúa a cada uno de nosotros, sus lectores, en el epicentro de un drama muy contemporáneo: ¿qué dice de nosotros nuestra fachada social, qué dolores, qué desgarros, qué vacíos se esconden tras el brillo de una identidad social construida para satisfacer las demandas de una definición convencional del éxito? ¿Cómo es posible

canalizar anhelos íntimos de autenticidad y plenitud?

Juan Carlos Rubio ha encontrado en sus personajes, Jack Rolling y Susan Mahoney, paradigmas contemporáneos de dilemas que la humanidad ha afrontado durante siglos.

Jack Rolling nos pone ante el espejo de nuestra doble vida: su fachada exterior enérgica, rotunda, desbordante de confianza y de carisma, esconde desgarradoras dudas y una vida interior nublada de cansancio y de vacío. Ambas identidades alternan en los personajes en ciclos que parecerían ser infinitos de no ser por el -débil pero inequívoco- deseo de Jack de abrir algún camino a la verdad.

El primer acto de la obra de Juan Carlos Rubio construye así las luces y las sombras del primer falso proyecto Rolling: su imagen de gran triunfador, persuasivo, seductor, y convincente, «vende», lo que hace posible que Jack logre inicialmente todas las recompensas que nuestra sociedad ofrece a los que triunfan: dinero, poder, halagos, fama. Tal identidad se tambalea cuando cae el telón del primer acto, dando paso a un segundo momento existencial en el que Jack busca verdades respecto a sí mismo y respecto a los desencuentros que pusieron fin a su primer matrimonio.

Sobre tal base Jack y Susan vuelven a proyectar imágenes de triunfo y de dominio. Construyen -ahora juntos- un nuevo espejismo cuyo vigor y entusiasmo no logran ocultar los posos de falsedad y de mentira que también lo hacen inviable. El autor evoca un -¿infinito?- ciclo de fulgor y de fracaso, en cuyos escombros los protagonistas, a pesar de todo encuentran la fe para iniciar, una y otra vez nuevos proyectos.

¿Qué puede aportar, al lector de hoy, esta obra?

Inmersos en sociedades de abundancia material, escépticos de ideas y escasos de aquellos valores que tradicionalmente emanan de autoridades externas, los hombres y mujeres post-modernos nos afanamos en construir identidades que nos faciliten el éxito social y que también nos permitan vivencias de plenitud y de sentido. Con su obra, Juan Carlos Rubio, nos invita a recelar de las abundantes recetas convencionales que nuestras sociedades nos proponen para conseguir ambas. La autenticidad del ser viene a decirnos el autor, ha de buscarse, tras el fracaso de un particular proyecto, entre los doloridos escombros que resultan de los mismos.

El ritmo intenso y vertiginoso de la obra, la muy ágil y moderna

escenificación propuesta, y la tensión dramática mantenida durante los tres actos, contribuyen a la creación de un clima óptimo para tal indagación. Invito a todo lector a participar gozosa y dolorosamente en ella.

Manuel Trujillo, MD
Profesor de Psiquiatría
New York University

A Galiardo, por ser mi actor.

A Juan Luis, por ser mi amigo.

PERSONAJES

(Por orden de intervención.)

JACK.

MICHAEL.

YOLMA.

SUSAN.

Primera terapia

Cuadro I

El teatro

Nos encontramos en un teatro. No es una redundancia. Es sencillamente que nuestra historia comienza en un auténtico teatro.

Sobre oscuro escuchamos:

VOZ EN OFF.- Señoras y señores, les recordamos que está terminantemente prohibido reproducir el contenido de este acto, el uso de cámaras fotográficas o de cualquier soporte audiovisual. Las leyes Federales de los Estados Unidos de América perseguirán y castigarán el incumplimiento de esta normativa. Asimismo, rogamos desconecten sus teléfonos móviles y las alarmas de sus relojes... Con todos ustedes el señor Jack Rolling.

(Nota: Todo este cuadro en el que tiene lugar la terapia será de mucha vistosidad, con un gran despliegue audiovisual, que refuerce el contundente mensaje de nuestro protagonista.)

(JACK ROLLING sale a escena. Va vestido de traje y corbata, muy elegante. Es un hombre maduro, carismático, un vendedor nato. Eso sí, un vendedor muy seguro de la calidad de su mercancía. Nos puede recordar en algunos momentos de su discurso a un político en pleno mitin de fin de campaña. O a un tele predicador. Lo captan ¿verdad...?)

JACK.- Buenas noches... Mi nombre, como ya saben, es Jack Rolling... Y también saben cual es el motivo de mi visita a esta hermosa ciudad de Miami... Así que les ruego que abandonen esa plácida expresión de «vamos-a-ver-qué-nos-cuenta-este-señor» y adopten otramucho

más activa, más predispuesta a la colaboración... Yo no estoy aquí para entretenerles... Esto no es una obra de teatro... Esto no es uno de esos ruidosos programas de televisión a los que están acostumbrados... Esto es una terapia... Te-ra-pia... Han venido a explorar los más sucios rincones de su alma... ¿Dispuestos a vomitar? Piénsenlo, aún están a tiempo... Si alguno de los presentes no se siente preparado para esta experiencia puede abandonar la sala... **(A una señora del público.)** No se ría, señora... Les hablo en serio... Muy en serio... ¿Dispuestos a vomitar su verdad? **(Pausa.)** Bien, tenemos un ejército de valientes... Aplaudo su decisión...

(Hay un oscuro repentino. Escuchamos unas ráfagas musicales que se irán repitiendo cada cierto tiempo, algo así como un leitmotiv de la terapia.)

JACK.- Lo básico: llamar a las cosas por su nombre... Ésa es la mejor manera de afrontar los problemas... Ustedes son drogadictos... Están enganchados a un terrible vicio, a una oscura necesidad... No hablamos de una afición, una diversión ocasional, no... Hablamos de una auténtica y nociva dependencia... Vamos, adelante, demos ese paso... Quiero oírlo... ¿Cuál es el nombre de ese terrible monstruo que atenaza sus vidas?

(JACK hace un gesto al público, esperando que alguien le conteste. Pero es presumible que nadie diga nada.)

JACK.- Por favor, no me defrauden... No se comporten como vírgenes ruborizadas... ¿Cuál es el nombre de ese monstruo que atenaza sus vidas?

(Tan solo una joven, en una de las últimas filas, se atreve a levantar tímidamente la mano y contestar.)

MUJER DEL PÚBLICO.- Tabaco...

JACK.- Perdone, no la oigo bien... ¿Puede repetirlo?

MUJER DEL PÚBLICO.- ¡El tabaco!

JACK.- Exactamente: El tabaco. Gracias, muchas gracias... El tabaco. Ése es nuestro monstruo particular e intransferible... Y digo bien, «nuestro». Sé de qué les hablo... «ola, mi nombre es Jack Rolling y soy ex fumador». ¡Yo domé a la bestia! Pero hagamos un poco de historia...

(Comienzan a proyectarse una serie de gráficos, cifras, fotografías... Todo cada vez a más velocidad, según el discurso de JACK se va desarrollando.)

JACK.- Sesenta cigarrillos diarios... Yo fumaba sesenta cigarrillos diarios... Empecé a los dieciséis y estuve fumando los treinta y cuatro siguientes años... Si multiplicamos obtenemos la reveladora cifra de setecientos cuarenta y cuatro mil seiscientos cigarrillos... Sin contar los años bisiestos... ¡Setecientos cuarenta y cuatro mil seiscientos cigarrillos! Si partimos de la base de que un cigarrillo tipo mide unos ocho centímetros, obtendríamos un único cigarro de cinco millones novecientos cincuenta y seis mil ochocientos centímetros... ¡Más de cincuenta y nueve kilómetros de longitud! ¿Conocen San Francisco? Veinticinco veces más largo que el Golden Gate... ¿Se imaginan? ¿Y cuánto tiempo empleado en la labor de fumar? Con una media de cinco minutos por cigarrillo obtenemos... Tres millones setenta y dos mil trescientos minutos... O lo que es igual... Sesenta y dos mil cincuenta horas... Que son dos mil quinientos ochenta y cinco días... Siete años, señores... Estuve siete años fumando ininterrumpidamente un cigarrillo de cincuenta y nueve kilómetros de longitud... Hay industrias que han contribuido menos que yo al efecto invernadero...

(Desde un rincón del teatro resplandece el flash de una cámara de fotos.)

JACK- (Repentinamente serio.) No, fotos no, por favor... Está prohibido... Lo hemos avisado antes... En el hall tienen material suficiente... Al acabar el acto pueden conseguir lo que deseen... Pero aquí no... Le ruego que entregue la cámara al personal autorizado... Gracias...

(Alguien del teatro hace salir al hall al fotógrafo espontáneo (un chico de unos veintipocos años con una bolsa negra al hombro).)

JACK- (De nuevo en vendedor.) ¿Por dónde íbamos? ¡Los números, sí! Los números y las cifras hablan por sí mismos...

(De nuevo comienzan las proyecciones.)

JACK- Veintiuno del siete de mil novecientos noventa y seis... El día en que apagué mi último cigarro... Eran las ocho y cuarto de la tarde... Hacía calor, mucho calor, unos nubarrones negros dotaban al cielo de un aspecto amenazador, como de tórrido drama sureño de Tennessee Williams... Estábamos... Aclaro que uso el plural porque me acompañaba mi mujer, por aquel entonces yo era un hombre casado, ahora no... Pero, en fin, esa es una historia que si quieren, ya les contaré en otro momento ¡en otra terapia!... Estábamos, repito, mi mujer y yo en el coche camino de casa de unos amigos donde íbamos a cenar, cuando de repente paré en la cuneta y le dije a Susan, así se llamaba mi ex mujer: «Susan, mira bien este cigarrillo... Míralo bien porque ha sido el último...». Susan comenzó a reír, echando un poco la cabeza hacia atrás, en un gesto medido de coquetería no exento de cierta malicia. Se echó a reír, repito, y me pidió que siguiésemos el trayecto: «Vamos a llegar tarde, Jack... Y esas nubes tienen muy mal aspecto... No quiero que conduzcas bajo la lluvia». Yo insistí: «Susan, Susan ¿no te das cuenta? Ha sido el último cigarrillo de mi vida... ¡Nunca más voy a fumar!». Y lo arrojé con decisión por la ventanilla. «El último, Susan, el último...». Ella, huelga decirlo, no creía ni una de mis palabras. ¿Cuántas veces había repetido esa frase?... Orson Welles solía decir: «Dejar de fumar es muy fácil, yo lo he hecho en cientos de ocasiones...». En ese aspecto Orson y yo éramos muy parecidos... Pero aquella vez no... Aquella vez yo sabía que era

la definitiva... ¿Qué tenía de especial aquella calurosa tarde del mes de julio de mil novecientos noventa y seis? ¿Qué mecanismo se desencadenó en mi interior para decir: «Basta, Jack. Nunca más vas a fumar...» **(Pausa.)** ¿Quieren saberlo? ¿Quieren saberlo?

(Oímos de nuevo las ráfagas musicales, todo un poco grandilocuente, la verdad...)

JACK- ...A las ocho y cuarto de la tarde de aquel veintiuno de julio de mil novecientos noventa y seis, después de haber consumido setecientos cuarenta y cuatro mil seiscientos cigarrillos y de haber empleado siete años de mi vida en ello, me di cuenta de que no existía ninguna razón para seguir fumando, de que la única cadena que me unía al tabaco era mi propio miedo a ser libre... Así de simple, así de fácil...

(La palabra libertad se proyecta sobre la pantalla (con una gran bandera americana de fondo...))

JACK- Libertad... Concepto interesante... «Facultad natural que tiene el hombre de obrar de una manera o de otra, y de no obrar, por lo que es responsable de sus actos». Como abogado, profesión que ejercí durante veinte años, conseguí probar la inocencia de muchos hombres, conseguí ganar la batalla contra la injusticia, contra la mentira y que la verdad brillara con todo su poder... Conseguí su LIBERTAD... Pero hasta ese día no me había dado cuenta de que estaba haciendo un pobre papel como abogado defensor de mi propia vida... ¿Era yo libre? Sí, pero no quería reconocerlo... ¡Hasta ese momento! Ya está. Se acabó... Al fin veía claro la manipulación comercial, las falsas esperanzas de que entrando en el club de los fumadores tu vida alcanzaba otro nivel, otro status... ¡Todo ante mis ojos! Y una vez que consigues ese estado de revelación, es para siempre... No hay vuelta atrás... Nunca más esclavo de usted, señor tabaco... Nunca más...

(Escuchamos de nuevo la ráfaga sonora.)

JACK.- Antón Chejov, un ilustre dramaturgo ruso, escribió a finales del siglo diecinueve un pequeño monólogo titulado «El daño que hace el tabaco»... En él, un pobre hombre llamado Niujin era forzado a dar una conferencia para satisfacer las inquietudes sociales de su esposa... Y a pesar de lo mucho que le gustaba fumar, se veía en la obligación de convencer a la audiencia de las desventajas de esta adicción... Aunque en el fondo, lo que él quería era hablar a todo el mundo de lo infeliz que era en su matrimonio... Igual que yo hoy frente a ustedes... Pero con una gran diferencia... Primero, yo no estoy aquí empujado por mi esposa... Soy un hombre soltero tal y como les comenté hace un momento... Y segundo, y más importante, yo no les quiero convencer de nada... Son ustedes los que me tienen que convencer a mí de otra cuestión: «El bien que hace el tabaco».

**(Este titular: «EL BIEN QUE HACE EL TABACO»
aparece en la pantalla con grandes letras luminosas.)**

JACK.- Y como no contamos con el talento del gran Chejov para preparar esta conferencia necesitaré la ayuda de alguno de los presentes.

JACK.- se acerca unos pasos a la escalerilla que da al patio de butacas.

JACK.- Les advertí de que no estaban aquí como simples espectadores... Vamos... No me voy a comer a nadie... **(Bromea.)** Por ahora... **(Señala a alguien.)** La señorita que antes colaboró tan amablemente conmigo... ¿Estaría dispuesta a salir a escena? Agradecería mucho su apoyo.

(La mujer, tras ciertas dudas, se levanta.)

JACK.- Gracias... Demos un aplauso a esta hermosa joven.

(La mujer sube al escenario. JACK la ayuda. Un técnico saca a escena una silla.)

JACK- ¿Cuál es su nombre?

MUJER JOVEN- Yolma...

JACK- Yolma, bienvenida... Tome asiento, por favor...

(YOLMA se sienta.)

JACK- Yolma... ¿Es de aquí, de Miami?

YOLMA- Bueno, soy cubana.

JACK- **(Sonríe.)** Entonces es de aquí, de Miami... Bien, Yolma, ¿usted fuma?

YOLMA- Sí...

JACK- E imagino que ha venido a mi terapia, para dejar de hacerlo.

YOLMA- Lo he intentado cientos de veces y...

JACK- Sí, sí, como Orson, como yo, conozco el resto... Bien, Yolma. Adelante, fume.

YOLMA- ¿Cómo?

JACK- Sí... Si le apetece, abra su bolso, saque su cajetilla de tabaco y fúmeselo un cigarro... No hay truco. Si quiere fumar, fume.

(YOLMA abre su bolso con cierta indecisión y saca una cajetilla de tabaco.)

JACK- **(Al público, bromista.)** Si llegan a saber que necesitaba un voluntario para esto seguro que hubiera tenido más candidatos.

(JACK saca del bolsillo de su chaqueta un encendedor y le da fuego.)

JACK- Siempre llevo un mechero en la chaqueta por si una mujer necesita fuego... Ex fumador sí, tonto no.

YOLMA- Gracias.

(El técnico de antes sale a escena y le da a YOLMA un cenicero.)

JACK- De nada... Y ahora, mientras se fuma ese cigarrillo... Dígame, Yolma... ¿Podría usted enumerarme las ventajas de fumar? Yo le puedo ayudar con las desventajas: Cáncer, problemas arteriales, circulatorios, colesterol, mal aliento, olor repulsivo, mala aceptación social, gastos fijos mensuales, etc... Pero, tengo un pequeño problema para encontrar tan sólo una, una sola ventaja de ser fumador... Pero seguro que usted me puede echar una mano.

YOLMA- Fumo porque... Porque me gusta.

JACK- Le gusta... Merece la pena que nos detengamos un momento en ello... Le gusta... ¿Le gusta verdaderamente fumar?

YOLMA- Sí...

JACK- A pesar de lo mucho que le costó empezar a hacerlo, el asco que le daba cada calada de aquellos primeros cigarrillos fumados a escondidas, las arcadas, las toses, el mal olor, consiguió superarlo, se sintió aceptada por el club de los adultos y ahora... Ahora le gusta... Pero lo quiere dejar.

YOLMA- Sí.

JACK- ¿Por qué quiere dejar algo que le gusta?

YOLMA- Usted lo ha dicho. No es bueno para la salud.

JACK- Así que la ecuación sería: «Me gusta hacer algo que no es bueno para mi salud». ¿Tiene usted hijos?

YOLMA- Uno. Marcos.

JACK- Marcos... ¿Fuma?

YOLMA- No. Es muy pequeño aún... Diez años. Quiere ser piloto.

JACK- Y dígame... ¿Le gustaría que Marcos fumara en un futuro?

YOLMA- No, por Dios.

JACK- O sea, que a usted le gusta hacer una cosa que no querría que su hijo hiciese por nada del mundo, una cosa que es mala para su salud y que está deseando apartar de su vida, pero... No se siente capaz... En cambio, ¿se siente capaz de seguir fumando?

YOLMA- Sí. Es más fácil seguir.

JACK- ¿Por qué es más fácil seguir que no seguir? En realidad, seguir haciendo algo suele ser más duro que dejar de hacerlo.

YOLMA- Bueno... Está la dependencia a la nicotina.

JACK- ¿Sabe que eso es falso, que está demostrado que la dependencia a la nicotina es mínima? Unos cuantos días y fuera... En todo caso hablemos de la dependencia psicológica.

YOLMA- Sí, puede ser... **(Dubitativa.)** Yo... No tengo fuerza de voluntad.

(JACK se acerca a YOLMA. Comienza a envolverla en una espiral de energía y auto convencimiento. Pone toda la carne en el asador. Sale al fin el gran vendedor.)

JACK- **(Firme.)** ¡Claro que la tiene! ¡Muchísima! Si no, ¿cómo se explica que siga fumando a pesar de todos los inconvenientes que ve, de estar destrozando su salud y del mal ejemplo que da a su hijo? ¡Hay que tener mucha fuerza de voluntad para no dejar el tabaco! Dejarlo es fácil... ¿Quién no querría dejar algo tan nocivo, desagradable y antinatural? ¡Cualquiera puede hacerlo! ¿Pero continuar? ¡Continuar es lo complicado! ¿No se da cuenta? El mundo la quiere convencer de que no lo va a conseguir... Pero en realidad es tan sencillo como

dar una última calada a ese cigarrillo que sujeta en sus dedos y no volver a encender otro nunca más... ¡Nadie puede obligarla a seguir! Nadie le va a poner una pistola en la sien para forzarla a fumar... Usted elige, Yolma... Y si elige ser valiente, será libre... Libre tal y como era antes de fumarse el primer cigarrillo de su vida... ¿No lo recuerda? Levántese Yolma... Hagamos historia...

(YOLMA, un poco aturdida, se levanta.)

JACK- ¿No recuerda cómo era su vida cuando no fumaba? Volvamos a ese momento, a esa primera calada que dio... ¿Estaba con sus amigos?

YOLMA- Todos fumaban en la pandilla...

JACK- ¿Y usted quería ser aceptada por ellos?

YOLMA- No quería que se burlasen de mí.

JACK- Pensó que fumar la haría un hueco.

YOLMA- Fumar me hizo un hueco... Me hizo mayor.

JACK- ¿Y ahora? ¿Ahora cuál es la excusa para seguir dependiendo de una droga que le hace infeliz cuando no la está tomando y le mata lentamente cuando lo hace?

(YOLMA parece cada vez más afectada por lo que oye.
JACK parece presa de un verdadero subidón energético.)

JACK- ...Si fuera de nuevo aquella niña... Si fuera aquella niña pero con sus conocimientos de ahora... Si tuviera una segunda oportunidad... ¿Volvería a cometer el mismo error?

(YOLMA mira el cigarrillo que sujeta en sus manos.)

JACK- ¡Cierre los ojos, YOLMA...!

**(La mujer cierra los ojos un poco asustada ante la
vehemencia de JACK.)**

JACK- Y escuche su voz interior... Ahora tiene esa segunda oportunidad... ¿Es ése su último cigarrillo? ¿Le va a decir adiós para siempre a ese monstruo que usted misma ha creado? ¿Está preparada para abrir los ojos? ¡¿Está preparada para vivir?!

(Oscuro repentino. Oímos la cortinilla musical.)

VOZ EN OFF- En el hall pueden encontrar libros, dvds y vídeos de «Lo difícil es seguir fumando». Muchas gracias por su asistencia. Les deseamos una feliz vida sin tabaco...

Cuadro II

El camerino

JACK se ha aflojado un poco el nudo de la corbata. Parece cansado, con un tono y unos gestos mucho menos calculados, más de verdad. El vendedor ha dejado paso al hombre de a pie. El descanso del guerrero... Habla por el móvil mientras mordisquea un sandwich y hojea un periódico.

JACK- ...Sí, estoy bien... Cansado, ya sabes, son tantas ciudades en tan poco tiempo que... (...) En Miami... He llegado esta mañana... (...) Sí, ella vive aquí desde hace dos años... (...) No, no tengo ni idea... **(Enfadado.)** ¿Vernos? ¡No digas tonterías, Paul! Sabes que no nos hablamos desde el divorcio (...) No, no me enfado, ya sabes que soy tendente a lo energético, nada más... (...) Estoy bien, sí... Ya te he dicho que cansado... La terapia es larga y a veces tengo dos pases seguidos, como hoy... En una hora comienzo de nuevo... (...) Ajá, eso estará muy bien... Hablamos entonces en cuanto vuelva de la gira europea... Es un mercado en ascenso, esos condenados europeos fuman como chimeneas...

YOLMA.- (Desde fuera de escena.) ¿Señor Rolling?

JACK.- ¡Un momento, por favor! **(Al móvil.)** Bien, Paul, un abrazo. No dejes de saludar de mi parte a Eli y a los chicos... Nos vemos en Nueva York... Adiós, adiós.

JACK.- cuelga.

JACK.- ¿Sí?

YOLMA.- (Desde fuera de escena.) Señor Rolling, ¿tiene un minuto?

JACK.- (No le apetece.) ¿Quién es?

YOLMA.- (Desde fuera de escena.) Yolma... ¿Recuerda? Antes, en el escenario... Dejé de fumar para siempre.

JACK.- Eh, sí, sí, claro... Un momento.

(JACK se pone la chaqueta y de nuevo parece convertirse en ese JACK ROLLING que vimos en escena, más vendedor, más energético.)

JACK.- Pase...

YOLMA.- entra en el camerino. Parece nerviosa al estar a solas con él. Le trata con absoluta veneración.

YOLMA.- Señor Rolling, perdone que le moleste...

JACK.- No es molestia, Yolma, por favor. ¿En qué puedo ayudarla?

YOLMA.- Yo... **(Sonríe.)** Quería agradecerle lo que ha hecho por mí.

JACK.- No hay nada que agradecer... Y en todo caso es usted quien ha hecho algo por usted, no yo.

YOLMA.- ¡No sea modesto, no se lo permito! Su libro es maravilloso, lo he leído tantas veces.

JACK.- ¿Tantas? Vaya, no sé si tomarme eso como un cumplido.

YOLMA.- No, no me malinterprete. Su libro es perfecto. Cualquiera persona normal no volvería a fumar nunca más después de una sola lectura... Pero mi caso era distinto... Yo no quería dejar el tabaco, me aferraba desesperadamente a él... Estoy separada. Y con un hijo...

JACK.- Ajá... El pequeño Marcos. Futuro piloto.

YOLMA.- Sí, Marcos...

(La mujer saca una foto del monedero y se la tiende.)

JACK.- Muy guapo. Tiene sus ojos.

YOLMA.- No. En realidad es clavadito a su padre.

JACK.- **(Señala la foto.)** ¿Este hombre sin cabeza?

YOLMA.- Sí, el hombre sin cabeza... **(Se deja llevar por la rabia.)** Menudo hijo de puta... **(Cortada.)** Ay, lo siento, lo siento... ¿Qué va a pensar de mí?

JACK.- No se preocupe... Yo también estoy divorciado. Y entre los divorciados sabemos que una foto sin cabeza es un paso imprescindible para la cordura.

(JACK le devuelve la foto.)

YOLMA.- En fin... Yo quería decirle que... Que usted hoy me ha hecho verlo todo tan claro, tan natural. Cuando me ha preguntado, durante la representación...

JACK.- **(Matiza.)** Terapia, esto no es teatro, es terapia.

YOLMA.- Eso quería decir, durante la terapia... Cuando usted me ha preguntado si ése era mi último cigarrillo, yo... He visto sus ojos mirándome con tanta fuerza que me he sentido capaz de volar... Allá arriba, como un pájaro... Un pájaro blanco y hermoso... Libre... Recordándome tantas cosas de cuando era una niña y... **(Se emociona.)** No voy a llorar, no... Aunque si lo hago será de felicidad... Nunca más, ¿me oye? Nunca más volveré a fumar...

JACK- No sabe lo que me alegra oírle dar un adiós definitivo al tabaco.

YOLMA- Ha sido el último, señor Rolling. El último. Ahora sí que soy capaz... Soy libre.

JACK- Bienvenida al club, Yolma.

YOLMA- No le entretengo más... Gracias de todo corazón. Gracias por revelarme la verdad... Es usted un ejemplo para mí, para mi hijo... Para la humanidad.

(YOLMA se marcha al fin. JACK se queda un momento parado, en silencio, pensativo. Se acerca al fin a la puerta del camerino.)

JACK- ¡Por favor, no quiero ver a nadie hasta después del siguiente pase! Mejor dicho, no quiero ver a nadie ni siquiera después del siguiente pase... A nadie es a nadie, ¿está claro?

VOZ- Sí, señor Rolling.

JACK- se acerca a la mesa donde reposa el maletín negro.

JACK- **(Con un punto de cansancio.)** «Es usted un ejemplo, Señor Rolling... Para mí, para mi hijo... Para la humanidad...».

(Lo abre y saca una pitillera. Y de dentro, un cigarro. Lo observa en silencio unos segundos. Después, lo enciende, aspirando su humo con un placer profundo, intenso.)

JACK- **(Mirando al cielo.)** No me mires con esa cara, Orson... Por favor... Tú no... Tú no...

Segunda terapia

Cuadro único

La redacción

Nos encontramos en la redacción de una pequeña revista local. No necesitamos un decorado demasiado realista. Unos pocos elementos serán suficientes. Unas mesas, algún ordenador, teléfonos... En un lateral varios televisores sin volumen emitiendo programas de distintas cadenas.
SUSAN, una mujer de unos cincuenta y tantos años, atractiva, con carácter, habla por uno de los teléfonos.

SUSAN.- ...No, no voy a ir... No... A una feria del ganado, no... Manda a Jennifer... O a Robert, a él se le dan muy bien los temas rurales, pero yo... (...) ¡Te estoy escuchando, claro que te estoy escuchando! Y por eso te estoy diciendo que... (...) Me da igual que seas mi jefe, Alan, por favor, nunca te pido nada... (...) Bueno, sí, eso sí, pero hace ya mucho... Y te lo devolví, ¿no? Lo que quiero decir es que... (...) ¡Maldita sea! ¡Una feria del ganado no! No tengo edad para andar pisando mierdas de oveja... En realidad no tengo edad para pisar mierdas ni de oveja ni de ningún otro animal... (...) No, no soy la mejor reportera de esta revista, tú lo sabes, y o lo sé, así que no te molestes en utilizar la táctica adulatoria... Si fuera la mejor reportera en este momento estaría en mi casa bebiéndome un mojito y no haciendo horas extras como una becaria en esta desierta redacción... (...) No... (...) No... (...) ¿He dicho quizá ya que no?

(El chico que fue expulsado del teatro durante la Terapia Rolling por hacer una foto entra en la redacción. Lleva su bolsa negra al hombro.)

MICHAEL.- (Contento.) ¡Tengo su foto! ¡La tengo!

SUSAN.- (Le hace un gesto de que está hablando y sigue al teléfono.) ¿Dos días libres? ¿Por ir a cubrir la feria del ganado?

MICHAEL.- Me han echado del teatro, me han quitado el carrete, pero...

SUSAN.- ...Sé que me engañas, Alan, lo sé...

MICHAEL.- ...pero no han reparado en la cámara digital...

SUSAN.- ...Siempre usas ese tono doctrinal de mormón cuando mientes...

MICHAEL.- ...Así que ¡Bingo!

SUSAN.- (**Rendida.**) Pero está bien, está bien, tú ganas... No porque me hayas convencido, sino porque me agotas... Pisaré todas las mierdas de oveja que haga falta... ¿Satisfecho?

(**MICHAEL se ha sentado frente a un ordenador y se dispone a descargar la foto de su cámara digital. Mientras tanto, SUSAN toma nota en su agenda.**)

SUSAN.- Pabellón siete del recinto ferial... ¿Cuándo debo estar allí? (...) Oh, Dios, mío... A esa hora aún no deben estar despiertos esos pobres animales... ¿No sientes respeto por su descanso? (...) Ok, Ok... Y en cuanto a esos dos días libres... (...) ¿Alan? Alan, no empieces con la vieja excusa de la falta de cobertura... ¡Alan!

(**SUSAN cuelga un poco enfadada.**)

SUSAN.- ¡¿Me puedes recordar para qué trabajo de periodista?!

MICHAEL.- (**Bromista.**) ¿Para que algún día te den el Pulitzer?

SUSAN.- (**Irónica.**) Ah, es verdad, gracias, se me había olvidado.

MICHAEL.- Extraño, con tu memoria de elefante.

SUSAN.- ¿Qué decías antes de una fotografía?

MICHAEL.- ¿Qué te parece?

**(MICHAEL le señala la pantalla del ordenador.
Suponemos que allí aparece una fotografía.)**

SUSAN.- Ah... **(Sin ninguna emoción.)** Vaya.

MICHAEL.- ¿«Vaya»? ¿Tan sólo «Vaya»? ¡Es Jack Rolling!

SUSAN.- Sí, ya, lo veo. Ya lo veo... Mr. Jack Rolling... La peor pesadilla del hombre de Marlboro.

(SUSAN vuelve a su mesa con absoluta indiferencia. Busca algo en su bolso.)

SUSAN.-...Que ha venido a Miami dispuesto a conducir al pueblo descarriado a esa maravillosa tierra sin nicotina ni alquitrán.

**(SUSAN saca un paquete de tabaco. Mientras tanto,
MICHAEL espera que la impresora arroje una copia que
ha hecho de la foto de JACK.)**

MICHAEL.- No está permitido hacerle fotografías... ¿Lo puedes creer? Es absurdo, un personaje público que no se deja fotografiar.

SUSAN.- Por su pelo...

MICHAEL.- ¿Su pelo?

SUSAN.- Sí. Su pelo... No quiere que se le vean ciertas zonas, digamos, «menos tupidas»... Por eso selecciona él mismo sus fotografías.

(La foto ha salido de la impresora. MICHAEL la coge. SUSAN, además del paquete de tabaco, ha sacado varios objetos de su bolso (un mechero y un pequeño cenicero plegable.))

MICHAEL.- ¡Hey, mira, es verdad, aquí le clarea! ¡Genial! Puede que incluso la venda a algún periódico nacional... ¿Y tú cómo sabías...? Lo del pelo, quiero decir...

SUSAN.- Lo sé. Nada más. Hay cosas que se saben.

MICHAEL.- ¿Le conoces?

SUSAN.- (Tras una pausa.) Sí. Pero hace ya tiempo que no nos vemos...

MICHAEL.- No sabía que eras amiga de Jack Rolling.

SUSAN.- (Tajante.) Nunca he sido amiga de Jack Rolling. Sólo te he dicho que le conozco... ¿Podemos cambiar de tema?

(SUSAN ha abierto el pequeño cenicero que sacó del bolso. Enciende un pitillo.)

MICHAEL.- Está claro que su terapia no tuvo mucho éxito contigo...

SUSAN.- Michael... Stop.

(SUSAN abre un poco la ventana para que el humo se vaya por ahí.)

MICHAEL.- Está bien, está bien... Corramos un tupido velo. Mujer misteriosa.

(MICHAEL deja la foto sobre una de las mesas y se acerca a SUSAN.)

MICHAEL.- Nadie sabe nada de ti, de dónde vienes, adónde vas.

SUSAN.- (**Bromista.**) Es que ni voy ni vengo... Floto, mírame. Soy como el humo.

(**SUSAN alarga la mano y toca el humo de su cigarrillo.**)

MICHAEL.- (**Mirándola a ella.**) Es el humo más precioso que he visto nunca...

SUSAN.- (**Mirando el humo.**) Parece que está ahí, que lo puedes atrapar con tu mano y de repente... *¡Voilà!* Se fue... ¡Es mágico!

MICHAEL.- Como tú...

(**SUSAN echa un poco la cabeza hacia atrás, en un gesto medido de coquetería no exento de cierta malicia.**)

SUSAN.- Ah. Gracias... Siento no haber traído mi chistera para deleitarte con un número especial.

MICHAEL.- Me conformaría con que cenases conmigo para celebrar mi exclusiva... Eso sí que sería especial.

SUSAN.- Me encantaría... Pero...

MICHAEL.- ¿Por qué no eliminas los peros de tu vocabulario?

SUSAN.- Me encantaría, «pero» esta prestidigitadora tiene que ir a cubrir la feria del ganado mañana. Me queda mucha información por recopilar. Terminaré tarde... Dejémoslo para otro día.

MICHAEL.- Siempre tienes una excusa escondida en la manga.

SUSAN.- No es una excusa, tengo que preparar esa entrevista... Ya me has oído hablar con Alan. Bueno, hablar es un decir: «arrastrarme» ante Alan.

MICHAEL.- Está bien... Cenaremos aquí. Yo invito. Y te ayudaré con la documentación... «Dos por uno». Oferta especial.

SUSAN.- Michael, por favor, no insistas.

MICHAEL.- ¡¿Por qué no quieres quedar conmigo?! Dame una buena razón.

SUSAN.- ¿Qué tal porque podría ser tu madre?

MICHAEL.- No vuelvas con eso... A mí no me importa.

SUSAN.- Pero a mí sí... Y seguro que a tu madre también.

MICHAEL.- ¡No eres mi madre! Si la conocieras te darías cuenta de la abismal diferencia.

SUSAN.- Si me vieras recién levantada seguro que acortaría distancias con ella.

MICHAEL.- ¿Recién levantada? Eso sería maravilloso... ¿De qué lado de la cama duermes?

(MICHAEL la abraza con cariño, sin ánimo de molestarla.)

SUSAN.- Michael... No quiero ser acusada de pederastia... **(Por su cigarrillo.)** Voy a quemarte sin querer...

MICHAEL.- Preferiría que lo hicieras a propósito.

SUSAN.- (Divertida.) ¡Suéltame!

(SUSAN sube los brazos en un intento de soltarse (en su mano sigue sujetando el cigarrillo.). MICHAEL se separa al fin.)

MICHAEL.- Eh, baja ese cigarrillo o tendremos problemas con la alarma anti incendios...

SUSAN.- Ojalá. Me encanta el sonido de esa alarma... ¿Puedes guardar un secreto? La última vez que se disparó no fue casual... **(Sonríe.)**

MICHAEL.- ¿Fuiste tú?

SUSAN.- Sí... No tenía un buen día... Estaba aquí sola... Y entonces recordé ese sonido tan... Tan real, capaz de anular cualquier pensamiento extraño que tengas en la mente... Consigue que dejes de pensar, de sentir... Es como un anestésico... **(Pausa.)** No tenía que haberte dicho nada, vas a pensar que estoy loca.

MICHAEL.- **(Sonríe.)** Me encantan las locuras. Cena conmigo, por favor.

SUSAN.- ¿Como amigos?

MICHAEL.- Como amigos... **(Sonríe.)** ¿Nunca has tenido sexo con un amigo? **(Al ver la cara de ella.)** Lo juro. Cenaremos como amigos... Tradicionales.

SUSAN.- Está bien... ¿Es mucho pedir nada de hamburguesas ni nada que suene a chino?

MICHAEL.- ¿Alguna sugerencia?

SUSAN.- ¿Comida italiana?

MICHAEL.- Perfecto... A la vuelta de la esquina hacen la mejor pasta de la ciudad.

(MICHAEL coge su chaqueta. SUSAN apaga el cigarro en su cenicero portátil. Y cierra la ventana.)

MICHAEL.- Ah, por cierto... ¿Vino tinto o blanco?

SUSAN.- Nada de vino.

MICHAEL.- Traeré una botella por si consigo convencerte de lo poco que te pareces a mi madre... Estoy de vuelta en cinco minutos...

SUSAN.- Tranquilo, contaré ovejitas mientras tanto... Tengo de sobra.

(MICHAEL coge su chaqueta y sale de la redacción.
SUSAN se queda pensativa. Se acerca de nuevo a la mesa y coge la foto de JACK ROLLING. La mira un instante. Un instante quizá demasiado largo... Y la vuelve a dejar sobre la mesa. Después se acerca a las pantallas de los televisores y va cambiando de canal con el mando. Al fin se detiene en algo que le interesa. Le da volumen. Oímos la voz del reportero.)

VOZ LOCUTOR.- ...Jack Rolling ha vuelto a demostrar una vez más su tremenda capacidad de comunicación emocionando a un entregado auditorio con su terapia: «Lo difícil es seguir fumando»... Esta tarde, en dos sesiones, ha conseguido que cientos de personas abandonen de una vez por todas ese perjudicial hábito que...

(SUSAN coge un nuevo cigarrillo. Y lo enciende, como desafiando lo que está oyendo.)

VOZ LOCUTOR.- ...tantos problemas nos acarrea. Pero dejemos que sea él mismo quien nos explique cómo ha sido recibido por nuestra ciudad de Miami... Buenas noches, señor Rolling.

(JACK aparece en las imágenes.)

JACK.- (Desde el televisor.) Buenas noches. Realmente Miami es como mi segunda casa...

SUSAN.- (Escéptica.) Por favor...

JACK.- (Desde el televisor.) ...Y estoy feliz de volver una y otra vez a...

(SUSAN repite al mismo tiempo que JACK lo que éste va diciendo.)

SUSAN y JACK.- (Desde el televisor.) ...disfrutar con la amabilidad y la simpatía de las buenas gentes que te abren su corazón de par en par...

**(En ese momento JACK ROLLING entra en la redacción.
Pero como SUSAN está de espaldas no le puede ver.)**

SUSAN y JACK.- (Desde el televisor.) ...Si tuviese que buscar un nuevo hogar no dudaría: mi elección sería...

JACK.- (Desde el televisor.) y JACK.- (El real.) Miami...

(SUSAN se da la vuelta. Se queda sin palabras al descubrir a su ex.)

JACK.- Adelante. Sigue... A fin de cuentas tú escribiste todo eso.

SUSAN.- (Alucinada.) Pero qué demonios...

JACK.- ¿Es eso un «Hola, cómo estás, Jack»?

SUSAN.- No. Eso es un «¿Se puede saber qué haces aquí?»

JACK.- Saludarte.

SUSAN.- ¿Saludarme? ¿Hace cuatro años que no nos vemos y ahora, te presentas aquí, sin avisar, para «saludarme»?

JACK.- Sí, aquí estoy, sin avisar, dispuesto a saludarte: «Hola...». **(Pausa.)** Claro, que sería magnífico obtener respuesta... Venga, no es tanto esfuerzo, seguro que lo consigues... Eres periodista. Siempre encontráis la palabra adecuada... Aunque no sea cierta.

SUSAN.- (Seca.) «Hola Jack...»

JACK.- Otro pequeño empujón y...

SUSAN.- (Teatral.) «Qué alegría verte... ¿Cómo estás?»

JACK.- Esto es más de lo que merezco... Bien, gracias... ¿Y tú?

SUSAN.- Lo siento, me quedé sin palabras.

JACK.- ¿Puedo pasar?

SUSAN.- Ya estás dentro.

JACK.- (**Mira a su alrededor.**) Vaya, muy agradable tu oficina.

SUSAN.- Redacción... Llama con propiedad el espacio que estás allanando.

(**JACK pasea por la oficina. Coge un ejemplar de la publicación.**)

JACK.- Así que: «Miami Weekly News». Impresionante.

SUSAN.- ¿Quién te ha dado mi dirección...?

JACK.- ¿Qué más da? La he conseguido.

SUSAN.- Perdón, perdón, me olvidaba de que estaba frente al poderoso señor Rolling.

JACK.- Tutéame... Jack para los amigos, simplemente Jack... ¿Tú sigues siendo Susan o el dulce clima del caribe te ha bendecido con otro nombre?

SUSAN.- Sigo siendo Susan. Recuperar mi apellido de soltera fue suficiente bendición, gracias.

JACK.- Mahonegy... Señorita Susan Mahonegy... ¿Firmas así tus artículos?

SUSAN.- No, en realidad los firmo como Dorothy Parker.

JACK.- Lo bueno de estar en Miami es que casi nadie se dará cuenta de que es un pseudónimo.

SUSAN.- Para acabar de jurar que adoras esta ciudad no demuestras mucho aprecio por el nivel cultural de sus ciudadanos.

JACK.- Lo tengo, claro que lo tengo... Amo todas y cada una de las ciudades por las que pasa mi terapia... Sobre todo cuando son un éxito.

SUSAN.- ¿Quieres dejar de pasearte como un detective de segunda?

(**JACK se para.**)

SUSAN.- Gracias... ¿A qué has venido?

JACK.- Es largo...

SUSAN.- Pues hazlo corto... Te aconsejo un teletipo, dado el entorno.

JACK.- Verás, hoy, después de la terapia me he sentado un rato a solas en el camerino. Acabo exhausto, ¿sabes? Prefiero no ver a nadie... Prefiero pensar... Y me he dado cuenta de lo distantes que estamos tú y yo.

SUSAN.- No estamos distantes. Estamos divorciados.

JACK.- ¿Pero ello conlleva que no podamos hablar? Es absurdo, somos adultos, tenemos un hijo en común... Este chico rubio, de pelito rizado... Eh... ¿Brad se llamaba, no?

SUSAN.- No tengo la culpa de que tu hijo no tenga buena comunicación contigo. Si has venido a intentar que interceda en...

JACK.- No, no he venido a que intercedas en nada. Brad y yo mantenemos una maravillosa y estrecha relación paterno filial... Yo le mando un generoso cheque cada mes y él lo cobra... Pero hablábamos de mi visita... He venido a saludarte... «Hola».

SUSAN.- ¿Vas a decir hola muchas veces más?

JACK.- Hasta que me invites a tomar asiento.

SUSAN.- Entonces me temo que vas a entrar en el Guinness. Pero continúa, continúa... Yo mientras tanto sigo con mis cosas.

(**SUSAN se acerca a su mesa y busca unos papeles. O al**

menos hace como que los busca.)

JACK.- Vamos... No eres tan maleducada.

SUSAN.- Tienes razón. Si fuera realmente maleducada no te hubiese dejado entrar.

JACK.- ¿Por qué no discutimos todo esto mientras cenamos?

SUSAN.- (Irónica.) Ah, sí, claro, espera que reservo una mesa tranquila en el *Brickell*...

JACK.- (Irónico.) Preferiría *Azul*, en el hotel Mandarin Oriental ¿lo conoces? Magnífico.

SUSAN.- Jack, en serio, no sé a qué has venido, pero no me importa... Márchate... Estoy trabajando. No es una buena idea que estés aquí.

(JACK repara en la fotografía suya que reposa sobre la mesa.)

JACK.- ¿Pero qué coño es esto?

SUSAN.- Se parece razonablemente a ti.

JACK.- ¿Quién ha hecho esta fotografía?

SUSAN.- Déjala donde estaba.

(SUSAN intenta quitarle la fotografía, pero JACK se lo impide.)

JACK.- Esto es un delito castigado por la ley.

SUSAN.- No saques las cosas de quicio... Michael hizo esa foto sin mala intención.

JACK.- ¿Michael? ¿Quién es Michael?

SUSAN.- Un becario de la revista.

JACK- ¿Y tú pensabas permitir que se publicara? (**Señala la foto.**) ¡Mira mi pelo!

SUSAN- (**No quiere reírse.**) ¿Qué le pasa a tu pelo?

JACK- No es momento para ironías.

SUSAN- No tengo nada que ver... No dirijo esto. Soy sólo una reportera.

JACK- Muy bien, llamemos a la policía. Que ellos aclaren quién tiene la culpa... Si no recuerdo mal, hoy, durante la primera terapia, alguien hizo una foto. Pero le requisaron el material. Malamente, por lo que veo... Dime su nombre completo. ¿Michael qué más...?

SUSAN- Sé que no eres capaz de llamar a la policía por esta tontería...

(**JACK marca un número desde uno de los teléfonos.**)

JACK- ¿Comisaría? Buenas noches... Soy Jack Ro...

(**SUSAN se acerca y cuelga el teléfono.**)

JACK- (**Serio.**) Susan, esto es muy serio. Las cosas están claras... O me das el nombre de este fotógrafo... (**Sonriente.**) O te vienes a cenar conmigo y olvidamos este enojoso asunto.

SUSAN- Quisiera pensar que no estás intentando chantajearme.

JACK- Que nombre tan feo... Chantaje... Llámalo «trueque», «cadena de favores».

SUSAN- A mí me gusta llamar a las cosas por su nombre...

JACK- Entonces, sí: es un chantaje.

SUSAN- Eres el mismo de siempre, Jack. El mismo.

JACK- (**Con un punto de sinceridad y nostalgia.**) Y tú también, Susan, la misma... La misma... Parece mentira, cuatro

años sin verte y... **(Recuperando su energía.)** ¿Dónde quieres que te lleve a cenar?

SUSAN.- A ningún sitio. No puedo marcharme de aquí. Tengo trabajo pendiente... Perdona, ¿lo he dicho ya un millón de veces?

JACK.- Está bien, llamaremos a un servicio de comida a domicilio para que nos traigan algo.

(MICHAEL entra en la redacción. Lleva dos bolsas en las manos (con la comida, una botella de vino y unas flores.). Canturrea alguna conocida canción italiana. Al ver a JACK se queda completamente cortado.)

JACK.- ¿El famoso Michael?

SUSAN.- Michael, Jack... Jack, Michael...

(JACK le tiende su fotografía.)

JACK.- ¿Te la dedico?

(MICHAEL la coge.)

JACK.- ¿Un «Con cariño de tu Jack» será suficiente?

MICHAEL.- Ah... Verá... En realidad...

JACK.- Te escucho, hijo, te escucho.

MICHAEL.- Yo... Bueno, esa foto no... No... Yo... **(Se calla.)**

JACK.- Espero que tu capacidad fotográfica sea mejor que tu oratoria.

SUSAN.- **(Le echa un cable.)** Jack está dispuesto a no avisar a la policía si destruyes la fotografía.

MICHAEL.- Ahora mismo.

(MICHAEL va a su ordenador y borra la foto de la memoria de la cámara.)

MICHAEL.- ¿Ve? Ya está, borrada de la memoria de la cámara... Fuera... Y la copia...

(MICHAEL rompe la foto impresa en trocitos y la tira a la papelera.)

MICHAEL.- Se acabó... ¿Contento?

SUSAN.- (A JACK.) ¿Contento?

JACK.- Moderadamente...

SUSAN.- (Señala la puerta.) Entonces...

JACK.- Pero esto no anula nuestro trato.

SUSAN.- Ya te he dicho que no puedo salir.

JACK.- Y yo que podíamos avisar a un servicio de comida a domicilio...

(JACK mira las bolsas de comida que ha traído MICHAEL.)

JACK.- Nunca pensé que aquí en Miami fueran tan rápidos... (A MICHAEL.) Podremos apañarnos, gracias Michael.

(JACK saca el vino y lo escruta. MICHAEL no da crédito.)

JACK.- Mmmm... No está mal, chico. No está mal. Buen año. Para ser becario has tirado la casa por la ventana... ¿Cuánto cobras?

(JACK saca unas copas de cristal de la bolsa.)

JACK.- (Haciéndose el sorprendido.) Y copas de cristal...
(Sonríe malévolo.) ¿Qué tipo de cena se iba a celebrar aquí?

MICHAEL.- ¿Quiere dejar de hurgar en mis cosas?

(MICHAEL alarga la mano y sujeta su bolsa de comida, enfrentándose a JACK.)

JACK.- ¿Quieres que hurgue en otro sitio más íntimo? **(Serio.)**
¿Qué tal en tus narices?

SUSAN.- (Mediando.) Jack, ¿nos disculparías un momento?

JACK.- Cómo no... ¿Dónde puedo disculparos más cómodamente?

SUSAN.- Allí está el despacho de mi jefe.

(JACK deja la bolsa de comida sobre una de las mesas.)

JACK.- Adiós, Michael... Un placer conocerte... Y si alguna vez quieres hacerme una foto... Pídelo antes. Estaré encantado de posar para ti. Desnudo incluso...

(JACK se mete en uno de los despachos. MICHAEL se acerca a SUSAN.)

MICHAEL.- (En voz baja.) ¡¿Qué hace este tío aquí?! ¿Vino a por la foto?

SUSAN.- La foto la encontró encima de tu mesa, al llegar... Vino a verme a mí... **(Al ver la cara de extrañeza de MICHAEL. Le cuesta.)** Ya te dije que le conocía un poco... Es... **(Tras una pausa.)** Mi ex marido.

MICHAEL.- (A buen tono.) ¡¿Jack Rolling es tu ex marido?!

SUSAN.- No grites por favor...

MICHAEL.- (En voz baja de nuevo.) ¿Es tu ex marido?

SUSAN.- Sí, es mi ex marido. Estuvimos casados un tiempo.

MICHAEL.- ¿Un tiempo?

SUSAN.- Veinte años.

MICHAEL.- (De nuevo grita.) ¿¡Veinte años?!

SUSAN.- Cállate... ¡Y deja de repetir todo lo que digo!

MICHAEL.- ¿Y a qué ha venido aquí esta noche?

SUSAN.- No lo sé... Algo le debe de pasar... Pero Jack no es claro. Es imposible adivinar su trayectoria... Siempre da vueltas y vueltas como una serpiente pitón antes de engullir a su víctima.

MICHAEL.- Dile que se vaya.

SUSAN.- Le he prometido cenar con él.

MICHAEL.- ¡¿Para qué le prometes eso?!

SUSAN.- ¡Por tu culpa! Quería avisar a la policía.

MICHAEL.- ¡Ya no hay foto! Y sin pruebas no hay delito... No cenas con él.

SUSAN.- Demasiado tarde. No se va a ir sin conseguir lo que quiere. Sea lo que sea...

MICHAEL.- (Serio.) ¿Y se lo vas a dar?

SUSAN.- ¡Eh, tranquilo, tranquilo!

MICHAEL.- Lo siento. Sé que no es asunto mío, pero... Es que... No me gusta para ti.

SUSAN.- (Enternecida, sonrío.) A mí tampoco me gusta para mí... Por eso me divorcié... Pero le he dado mi palabra de cenar con él... **(Por las bolsas de la comida.)** ¿Te importa si...?

MICHAEL.- ¿Importarme? No, genial, es lo mejor que me podía pasar esta noche... Perder una buena foto y perder... **(Se calla.)** Es igual. Toma.

(MICHAEL le alarga las bolsas de la comida.)

SUSAN.- Cenaremos juntos el fin de semana. Invito yo.

MICHAEL.- No te sientas obligada, «madre»...

SUSAN.- No me siento obligada, «hijo»... **(Por la comida.)**
¿Cuánto ha sido todo esto?

MICHAEL.- Venga, Susan, por favor... Es lo mínimo, me has librado de la cárcel... Me voy. No quiero volver a tener delante al señor pitón.

(MICHAEL coge su bolsa negra dispuesto a marcharse.)

MICHAEL.- No me extraña que sigas fumando.

SUSAN.- Muy bonitas las flores.

MICHAEL.- **(Quitándole importancia.)** Al comprar el vino me las regalaron.

SUSAN.- **(Sonríe.)** Gracias.

MICHAEL.- Hasta mañana.

(MICHAEL sale de la redacción. SUSAN saca las flores de la bolsa. Al tiempo JACK vuelve a entrar en escena.)

JACK.- ¿Desde cuándo te dedicas a asaltar cunas? **(Al ver la cara de ella.)** Me callo, me callo.

(JACK coge la bolsa la comida que MICHAEL ha traído y la deposita sobre otra de las mesas.)

JACK- Debe de ser de la edad de nuestro hijo más o menos, ¿no?

SUSAN- (**Irónica**.) No, es más joven que Brad, fíjate... Pero un animal en la cama ¿quieres que te dé algún detalle más? Te asombraría lo mucho que han avanzado los hábitos sexuales en las nuevas generaciones.

JACK- Dejémoslo para el postre... Ahora, cuéntame... Al fin te has librado del frío de Nueva York, es lo que siempre habías soñado... ¿Qué tal te va? Ya llevas aquí...

SUSAN- Dos años. Me va bien, muy bien. Al menos hasta hace unos minutos.

JACK- Susan, por favor, aparca las ironías un rato. Estamos solos tú y yo... Relájate. La serpiente pitón no te va a comer.

SUSAN- Oh, vaya, me alegra que la serpiente pitón no coma cincuentonas... Aunque veo que sigue manteniendo la maravillosa costumbre de espiar tras las puertas.

JACK- En la jungla más te vale estar informado... Y hablando de información... ¿De qué es vuestra revista? «Miami Weekly News».

SUSAN- Apuntes sociales... Desde la feria del ganado a la terapia del señor Rolling, todo tiene cabida en nuestras páginas. Bueno, la «terapia Rolling» igual no la tocamos en este número... Nos falta material gráfico. Una pena...

JACK- Quién sabe, igual esta noche te doy alguna exclusiva... Eh... ¿Tienes algo con lo que pueda abrir esta botella? ¿Un cuchillo? ¿Destornillador?

SUSAN- ¿Qué tal un sacacorchos?

(**SUSAN saca de un cajón un sacacorchos.**)

JACK- Vaya... Ya veo que ésta no es la primera fiesta que se celebra aquí, señorita Mahoney.

SUSAN- Por supuesto que no, señor Rolling.

(SUSAN señala la mesa sobre la que JACK ha ido disponiendo los platos.)

SUSAN.- Michael y yo solemos hacerlo sobre esta mesa... Pero tienes razón, esperemos al postre para los detalles.

JACK. (Sonríe.) Me alegro de que recuperes tu sentido del humor.

SUSAN.- Sí, es uno más de los sentidos que he recuperado en estos últimos cuatro años.

JACK.- Dame un respiro...

SUSAN.- Tienes razón.

(JACK comienza a abrir la botella.)

SUSAN.- ...Volvamos al redil de lo políticamente correcto... ¿Qué tal tú? ¿Cómo van tus negocios?

JACK.- No me puedo quejar... «Lo difícil es seguir fumando» continúa en la lista de los diez libros más vendidos después de siete años... Sólo ese maldito Harry Potter y «El código Da Vinci» han podido con él.

SUSAN.- Con la ayuda de una varita mágica y del Santo Grial cualquiera gana la batalla. Lo tuyo es más meritorio, convertir un paquete de cigarrillos en un best seller. Sí, señor.

JACK.- ¿Sabes cuánto dinero sale solamente de ahí? Sin contar las charlas, los vídeos, las franquicias...

SUSAN.- No, no lo sé. Ni lo quiero saber... Nunca se me dieron bien los números.

JACK.- Deberías mostrar más interés. La mitad es tuyo.

SUSAN.- No, no es mío... ¿Te importa servirme el vino? Necesito una copa para seguir manteniendo un tono adecuado.

JACK.- ¿Por qué te empeñas en no querer ganar lo que te pertenece? Sin tu ayuda no hubiera podido hacerlo.

SUSAN.- Debes de ser el único divorciado en el mundo empeñado en que su mujer le deje sin blanca. Y encima siendo ex abogado la cosa tiene doble mérito ¿no crees?

(**JACK sirve el vino en los vasos.**)

JACK.- No quiero que me dejes sin blanca. Además te puedo asegurar que sería muy difícil dejarme sin blanca.

SUSAN.- Jack, no quiero nada de ti. No lo quise entonces, no lo quiero ahora... La sentencia fue clara. Mutuo acuerdo, renuncia explícita a pensión y patrimonio.

JACK.- Tu abogado aún no ha podido recuperarse del susto.

SUSAN.- ¿Puedes dejar el tema? Brindemos.

(**Los dos levantan su copa. JACK se ríe.**)

SUSAN.- ¿Qué te hace tanta gracia?

JACK.- Tú y yo, aquí... ¿Quién nos lo iba a decir hace unas horas?

SUSAN.- Eh, eh, no fantasees... Esto no es más que el resultado de un chantaje.

JACK.- Brindemos por los chantajes... El amor no es más que eso, un chantaje.

(**SUSAN baja la copa.**)

JACK.- ¿Qué? Era sólo una broma.

SUSAN.- Nunca fuiste muy bueno con los chistes... ¿Podemos cenar? Tengo trabajo pendiente.

(**JACK rebusca en la bolsa que trajo MICHAEL y saca la comida.**)

JACK- Veamos que hay de menú... Ensalada caprese... Y espaguetis con... (**Huele.**) algo indefinido... Pero no parece tóxico... (**Sonríe.**) Veo que el pequeño Michael conoce tu pasión por la comida italiana.

(**JACK alarga uno de los envases a SUSAN, que se sirve.**)

JACK- ¿Te acuerdas de aquel restaurante en la Piazza Navona?

SUSAN- No...

JACK- Oh, vamos. Sí que te acuerdas... Nuestro primer viaje a Italia. Año 89.

SUSAN- No, no me acuerdo... ¿Qué más da?

JACK- Tan solo quería saber si recordabas cosas de cuando éramos felices.

SUSAN- ¿Éramos felices? ¿Por qué usas el plural de esa manera tan inconsciente?

JACK- ¿Tú no eras feliz en aquel entonces?

(**SUSAN no dice nada.**)

JACK- ¿No vas a contestar?

SUSAN- No, no voy a contestar. Voy a cenar contigo, tal y como me has obligado a prometer. Pero no dije nada de tener que abrir el baúl de los recuerdos...

JACK- Yo lo abriré por ti... Aquel restaurante se llamaba: «Angelo Azzurro»... Incluso sé lo que cenaste: «Espaguetis a la putanesca».

SUSAN.- (Aclara.) A los cuatro quesos.

(JACK sonríe victorioso. SUSAN le mira un poco enfadada.)

SUSAN.- ¿A qué viene esto? En serio, no lo entiendo.

JACK.- De postre tomaste un helado de nueces.

SUSAN.- No pienso caer de nuevo...

JACK.- Es igual. Sabes que era de *Strachiaetela*...

SUSAN.- (Sorprendida.) ¿Cómo te puedes acordar?

JACK.- No tengo tu buena memoria, pero guardo todas las facturas, ya sabes... Hay gente que lleva un diario. Yo llevo mi contabilidad.

SUSAN.- Qué romántico... Me dan escalofríos... **(Se bebe la copa de un trago.)** ¿Me pones más vino?

JACK.- Después de la cena caminamos durante horas...

SUSAN.- ¿Esto también venía en la factura del restaurante?

JACK.- No. En la de la farmacia de guardia que tuvimos que buscar para comprar tiritas para mis pies.

SUSAN.- (Sonríe divertida.) Increíble, Jack... Brindo por ti. Ahora sí. Te lo has ganado.

(Los dos brindan.)

JACK.- Salute...

SUSAN.- Salute...

JACK.- Al llegar a la Fontana de Trevi nos encontramos con una turista americana completamente borracha intentando imitar a aquella actriz italiana que se metía en la fuente en una película de Visconti...

SUSAN.- Imagino que te refieres a esa actriz sueca que se metía en la fuente en una película de Fellini... Se nota que no pediste factura por el show.

JACK.- Menos mal que te tengo a ti para corregir ciertos detalles... Siempre has tenido mejor memoria que yo.

SUSAN.- Por desgracia... Olvidar es la sangre de la vida... Pero dime... ¿Adónde nos lleva toda este recuento de tu contabilidad del verano de 89?

JACK.- A que tú te reías como una loca, echando hacia atrás la cabeza, con los hombros un poquito hacia delante, mientras unos *carabinieri* intentaban sacar del agua a aquella mujer... Y, sí, siento contradecirte... Parecías feliz. Eras feliz.

SUSAN.- **(Tras una pequeña pausa.)** Era feliz... ¿satisfecho? Uno de esos extraños momentos en los que uno piensa: «Soy feliz...». Pero según lo estás pensando y a se esfumó... Casi te da miedo de lo poco que dura...

JACK.- ¿Qué pasó, Susan?

SUSAN.- Por favor... No me amargues esta adorable cena.

JACK.- En serio, ¿qué pasó?

SUSAN.- Ésa es una cuestión a la que yo no voy a responder... Tú sabrás.

JACK.- Yo sólo sé que una mañana te levantaste y dijiste «Adiós».

SUSAN.- Pues pregúntate qué ocurrió entre la Fontana de Trevi y el día en que dije adiós. Consulta tus facturas. Igual encuentras alguna pista...

(SUSAN se levanta y se enciende un cigarrillo.)

SUSAN.- **(Incómoda.)** No voy a cenar más... Aún me queda mucho trabajo por hacer... **(Por el cigarrillo.)** Espero que un poco de humo no te moleste.

JACK.- **(Mirándola a ella.)** Adoro el humo...

SUSAN.- Cuidado, señor Rolling. Si alguien le escuchase su libro podría caer del Top-Ten, ante el regocijo de Harry y de la Mona Lisa.

JACK.- ¿Crees que me importa?

SUSAN.- «Hola, soy yo... ¿Recuerdas?». Estaba allí... Tu carrera siempre te ha importado. Demasiado.

JACK.- Ya no... Dejé de ser abogado para dar charlas. También podría dejar de hacer esto ¿qué más da? Nada es tan importante.

SUSAN.- (**Interesada.**) ¿Estás en crisis? Vaya... Lo estás... Una pequeña grieta en ese sólido monolito... ¡Aleluya! Lástima que la revelación te haya llegado a estas alturas, pero... No, en serio, me alegro por ti... Tu mirada parece hasta humana.

JACK.- ¿De verdad te alegras?

(**JACK alarga la mano e intenta tocar a SUSAN. Ella se aparta.**)

SUSAN.- (**Seria.**) No para llegar hasta ahí... (**Frivoliza de nuevo.**) Y ahora, me fumaré este cigarrillo en cinco minutos... Ése es el tiempo que dices en tus sesiones que se utiliza ¿no? Y después te marcharás, Jack.

JACK.- ¿Cinco minutos? Suficiente.

SUSAN.- ¿Suficiente para qué?

JACK.- Para pedirte algo.

SUSAN.- Vaya, al fin llegamos al quid de la cuestión... Has venido por una razón clara, cómo no. Un simple «Hola» no podía ser suficiente.

JACK.- No. Quiero algo más...

SUSAN.- Prefiero que lo digas de una vez. Tengo mil ovejas esperando a ser entrevistadas.

JACK.- Quiero que hagamos terapia.

SUSAN.- ¿Perdón?

JACK.- Cada año me subo docenas de veces a un escenario para hacer terapia delante de desconocidos. Me he dado cuenta de que necesito hacerla contigo.

SUSAN.- (**Se ríe.**) ¿Terapia? Te has equivocado al tomar el taxi, Jack. Esto es la redacción de un periódico, no la consulta de un psiquiatra.

JACK.- ¿No me vas a ayudar?

SUSAN.- ¿Ayudarte a qué, maldita sea?

JACK.- A cerrar de una vez la puerta que dejaste abierta el día que te marchaste.

SUSAN.- ¡Qué poético! Pero yo no dejé ninguna puerta abierta. Si no recuerdo mal, y sabes que nunca recuerdo mal, la cerré de un buen portazo.

JACK.- Sin darme ninguna explicación... ¡No me enteré de nada, Susan!

SUSAN.- Respuesta correcta. Premio para el caballero... Por eso me fui. Nunca te enteraste de nada.

JACK.- Merecía al menos un punto y final. No me lo diste. Nunca me lo has querido dar. Te cerraste en banda.

SUSAN.- ¿Ahora vas de víctima? ¿Qué te pasa? No te reconozco, no eres tú... Pareces tú, pero... ¡Deja de jugar!

JACK.- No estoy jugando... Es muy importante para mí.

SUSAN.- Se acabó el tiempo, Jack. Márchate.

JACK.- Aún no has terminado ese cigarrillo...

(**SUSAN se acerca a un cenicero y lo apaga.**)

SUSAN.- Sí, lo he terminado. Mira, al final vas a animarme a dejar de fumar...

(**JACK se dispone a marcharse. Pero antes de irse, se vuelve a ella. Parece bastante hundido, un nuevo JACK ROLLING, más sensible, más frágil.**)

JACK- Susan, por favor. No te estoy pidiendo tanto... Es una obsesión que me quema por dentro... Quiero terminar de una vez. No consigo olvidarte... Quiero olvidarte. Quiero perdonarte. Quiero perdonarme. Y te necesito para ello.

(**SUSAN se queda un momento pensativa, tocada por lo que ha escuchado. Pasea nerviosa. Al fin se encara con él.**)

SUSAN.- De acuerdo... No creo que esto me mate... Venga, insúltame, grita... Y después lárgate... Adelante. Te escucho... Haz tu terapia.

JACK.- Yo no tengo nada que decir. No has comprendido nada. Eres tú quien tiene que hacer esa terapia.

SUSAN.- ¿Yo?

JACK.- Sí. Tú. Me debes todas esas palabras que silenciaste con aquel portazo... Quiero la verdad.

SUSAN.- ¿La verdad? ¡¡¿Pero qué demonios es la verdad?!! ¡Dios! ¡¿Puedes mandarme alguna señal?!

(**En ese momento suena un móvil. SUSAN se sobresalta un poco.**)

JACK.- Cógelo... Puede que en el cielo tengan tu número.

(**SUSAN al fin, respira hondo y responde.**)

SUSAN.- ¿Sí? (...) Ah, hola, Michael... Bien, estoy bien... (...) Sí, sigue aquí... (...) No, no hace falta, te lo agradezco... (**Mira a JACK, parece decidir algo.**) Aunque... Pensándolo mejor me vendrá bien dar un paseo... ¿Podemos vernos en diez minutos en

el bar de Albita? (...) No, no subas... Mejor allí... Vete pidiéndome un mojito.... (...) Gracias... (...) Hasta ahora.

(SUSAN **cuelga. JACK parece contrariado con la llamada.**)

SUSAN.- He quedado con Michael en diez minutos. Es todo el tiempo del que disponemos... Adelante, hagamos esa terapia.

JACK.- ¿Te gusta ese chico?

SUSAN.- ¿Esto ya es parte de la terapia?

JACK.- No, simple curiosidad.

SUSAN.- Lo siento, no respondo a preguntas personales que tengan que ver con el presente... Sólo está permitida la arqueología... ¿Podemos empezar?

JACK.- Déjalo... Quizá no es tan buena idea. Tienes prisa.

SUSAN.- Me defraudas, Jack... En diez minutos eres capaz de conseguir que un fumador diga adiós para siempre a una adicción de años... ¿No es suficiente para que tu ex mujer te aclare un par de dudas?

JACK.- No, no es suficiente... Mis pacientes pagan por trabajar conmigo... Confían en mí... Tú en cambio... Ha sido un error. Adiós, Susan. Dale las gracias a Michael por la cena.

(JACK **se da media vuelta. Pero SUSAN se interpone en su camino.**)

SUSAN.- (Enfadada.) ¡¿Crees que puedes presentarte aquí en mitad de la noche, chantajearme, presionarme, burlarte de mí y ahora largarte sin más?! No, Mr Jack Rolling, de eso nada... Quiero hacer esa terapia.

(JACK **asiente al fin.**)

JACK.- De acuerdo. Hagámoslo... Pero con una condición.

SUSAN.- Eso tiene gracia, con condiciones... Dime.

JACK.- Al terminar aceptarás que te regale algo...

SUSAN.- No... No, no.

JACK.- No es dinero, no es un objeto, no es una propiedad... Es una información, algo que debes saber como justo pago por abrir el baúl de los recuerdos.

SUSAN.- Si eso te va a hacer sentir mejor.

JACK.- Mucho mejor.

(**SUSAN vuelve a pasearse por la redacción.**)

SUSAN.- Bien... Volvamos al día en que yo me marché de casa, volvamos a ese momento, ya que tanto significa para ti... **(Toma aire, preparándose para lo que tiene que decir.)** Era el 13 de enero, martes... En algunos países el martes 13 es fecha de mala suerte, ¿curioso, no? Me alegré de ser americana. Ese día no significaba nada para mí... Ni bueno ni malo... Me levanté muy temprano, apenas había amanecido... Me duché durante un buen rato, dejé que el agua caliente ablandara mi piel... Y con un poco de suerte, mi decisión... Estaba tan asustada... «Debes hacerlo, Susan, debes hacerlo...». Me sequé el pelo y lo recogí en desordenado moño ¿qué más daba?

(**SUSAN se recoge un poco el pelo, recordando aquel momento.**)

SUSAN.- El gorro de lana lo iba a tapar todo... Me puse un pantalón vaquero y un jersey de cuello alto beige... Desde la ventana de la cocina veía la nieve caer sobre los tejados de Nueva York... Café solo, sin azúcar, ya sabes... En la radio un informativo hablaba de la crudeza de ese invierno y de la muerte de varios mendigos en Central Park. Pensé: «Vaya... El mundo real, esperando...». Dejé mi maleta sobre la mesa...

(SUSAN pone sobre la mesa un maletín.)

SUSAN.- Apenas nada, lo imprescindible... Imprescindible, ¿qué es imprescindible cuando dejas atrás la mitad de tu vida? Di un sorbo al café... Volví a mirar por la ventana... ¿Y si me estaba equivocando? ¿Y si este paso...? «No lo pienses...». Una rotunda voz de mujer me habló «No lo pienses... Sal a la calle. Es una ocasión única... ¿Te lo vas a perder?». ¿Pero quién...? «Almacenes Bloodmintong da el pistoletazo de salida a sus rebajas...». La radio, era la radio... Sonreí... Con amargura, mezclando el sabor del café y de mis miedos... Las siete y cinco... Demasiado temprano... ¿Demasiado temprano para qué? Tú habías llegado la noche anterior de la costa oeste, de un ciclo de charlas que te habían retenido allí dos semanas. El lunes comenzabas la grabación de un nuevo DVD con tu terapia... «El fin de semana va a ser nuestro» me habías prometido mecánicamente mientras regresábamos a casa desde el aeropuerto... Yo había asentido mecánicamente... Mecánicamente era la palabra clave desde hacía tanto tiempo... Mecánicamente hacíamos el amor cuando era necesario... Mecánicamente cenábamos con amigos... Mecánicamente hablábamos de nuestro hijo, de nuestro perro, de la nueva decoración del salón... Mecánicamente había empezado a asumir que eso era mi vida... Lo bueno de la mecánica es que no depende ti, sucede, sin más... Pero, ¿de qué te podías quejar, señora Rolling? Tú marido ganaba más dinero del que nunca habríais podido soñar... Tu hijo ya no te necesitaba... «Adiós, Brad, cuídate, ya sabes que te espera el pavo para el día de acción de gracias...» ¿Y yo? ¿Dónde estaba yo? Susan Mahonegy... ¿Qué quedaba de aquella estudiante de periodismo que había soñado con sacarle punta al mundo, con amar a un hombre hasta el día de su muerte, con no traicionar nunca una premisa: PASIÓN? Nada... No quedaba nada en aquella fría mañana de martes... Todo era mentira... Una mentira que podía durar el tiempo que hiciera falta... Yo lo había intentando, Jack, lo había intentado más de una vez. Salir de ese engaño, de esa rutina mortal, pero... ¿Valió para algo? No... Nada vale para nada a menos que uno mismo le dé el valor a esa nada... Y tú no se la diste...

(SUSAN coge la maleta y camina unos pasos. Después se vuelve a JACK. Está emocionada, abre su corazón sin pudor tal y como su ex marido le ha pedido.)

SUSAN.- Pensé en dejarte una nota... Pensé en llamarte más tarde, desde casa de mi hermana... Tanto pensé que no me di cuenta de que ahí estabas, con tus cuatro pelos alborotados, en la puerta de la cocina, bostezando estrepitosamente, soltando alguna frase inconexa... Fuiste a la nevera, sacaste la botella de leche, le diste un trago, te rascaste la entrepierna con esa soltura de la que sólo los hombres sois capaces y desapareciste por el pasillo... Yo me había quedado helada, como si una ráfaga de ese viento polar que azotaba la ciudad hubiese conseguido abrirse paso por los ventanales y entrar dentro de mí... Al verte aparecer, por un momento, creí que me convencerías de que aquello era una locura, que no iba a encontrar nada mejor, que mi lugar era allí, junto a ti, que ibas a cambiar, que nuestra mentira era una mentira común a todas las parejas, a todos los amores... Qué sé yo... Pero no, en su lugar ni tan siquiera te habías dado cuenta de que yo estaba vestida, con una maleta sobre la mesa de la cocina y los ojos enrojecidos por el llanto... No te diste cuenta, Jack... Una vez más no te diste cuenta de nada... Así que dejé mi taza de café en el fregadero, agarré mi cosas y antes de salir de casa dije un sencillo: «Adiós» ¿Para qué más? ¿Había alguien escuchando?

(JACK, que lo ha estado escuchando todo emocionado, recupera una expresión de ironía y frialdad. Aplaude cadenciosamente, disfrutando de cada chasquido de sus manos.)

JACK.- Fabuloso, en serio. Susan... Fabuloso... ¿Lo has ensayado mucho o ha sido algo espontáneo?

SUSAN.- ¿De qué estás hablando?

JACK.- De tu adorable, tierno y arrebatador monólogo... Hacía tiempo que no disfrutaba tanto en el teatro.

SUSAN.- Oh, Dios... **(Cae en la cuenta.)** ¿Me has tomado el pelo?

JACK.- Digamos que he forzado la maquina de lo sentimental para llegar adonde quería llegar...

SUSAN.- ¿Cómo has sido capaz de...? ¡No eres más que un hijo de puta!

JACK.- Un hijo de puta que quería oírte decir toda esa sarta de mentiras... Todo lo que has dicho es mentira. No te fuiste esperando que yo dijera nada... No querías que yo dijera nada... Saltaste del barco como las ratas... ¡Sálvese quien pueda!

SUSAN.- ¡No es cierto! Intenté hasta el último momento que nosotros dos...

JACK.- **(Le interrumpe.)** ¿En brazos de Dan?

(SUSAN se queda callada. No se esperaba este comentario.)

JACK.- **(Sonríe irónico.)** ¿En brazos de Dan, Susan?

(SUSAN, nerviosa, coge un nuevo cigarrillo y lo enciende.)

JACK.- Otros cinco minutos de prórroga... Gracias. Me conmueve tu generosidad.

SUSAN.- Dan no tuvo nada que ver... Había decidido dejarte mucho antes de... **(Explota.)** ¡¿Quién demonios te contó eso?!

JACK.- No te lo vas a creer... ¡El mismo Dan! Hace unas semanas me lo encontré en un restaurante... Y se puso a llorar, el muy idiota se puso a llorar en el lavabo... Mientras se secaba las manos debajo de uno de esos pequeños secadores automáticos, me lo contó todo... El ascenso y la caída de vuestro secreto romance... Tuvo tiempo, Susan. Porque Dan es uno de esos hombres extraordinarios que se seca las manos por completo después de habérselas lavado... Nada de sacudirlas un poco camino de la puerta o frotar la palma disimuladamente en el pantalón, como haría cualquier ser normal... No... El bueno de Dan se seca las manos por completo antes de volver a la mesa... Meticulosamente, como si le fuera la vida en ello... Y claro,

mientras ese aire caliente iba haciendo desaparecer hasta la última gota yo escuchaba una entrecortada sucesión de lamentos, excusas y justificaciones... Se sentía tan culpable... Al principio no le entendía muy bien, compréndeme... Entre el ruido del secador y las copas que llevaba encima, tanto Dan como yo, mi capacidad auditiva no era la más indicada, pero poco a poco mi mente se fue aclarando, a golpe de aire caliente y verborrea... Y al fin, la verdad de la huida de mi mujer: «Tenía un lío con Dan, el dentista», un hombre maravilloso que se seca las manos cien por cien cada vez que visita el baño de caballeros... ¿No había alguien más normal en el mundo, por amor de Dios, Susan? ¿No había alguien más normal y a quien yo no conociera?!

SUSAN.- Jack, en realidad...

JACK.- ¿Jack en realidad? Cinco días después de dar un solemne portazo en nuestra casa te fuiste con él a Los Ángeles... Un congreso mundial sobre la caries... ¿No es romántico?

SUSAN.- Me vio triste y quiso...

JACK.- ¿Animarte? Si en todo lo que hace es tan meticuloso como en secarse las manos intuyo que lo conseguiría.

SUSAN.- ¿Has venido hasta aquí cuatro años más tarde de todo aquello para echarme en cara que...? ¿Con qué derecho?

JACK.- Me engañaste, Susan. Me engañaste... Miss Transparente resultó ser una muñeca rusa que guardaba en su seno más de una sorpresa, más de una mentira... Una, dos, tres... ¿Cuántas, Susan? ¿Cuántas?

SUSAN.- Muchas... ¿Quieres saberlas?

JACK.- Eso sería magnífico.

SUSAN.- ¿Todas?

JACK.- Seguro que las recuerdas asombrosamente. Tu memoria siempre ha sido ejemplar... Sin necesidad de facturas.

(SUSAN pasea nerviosa por la redacción.)

SUSAN.- Bien, empecemos por algo sencillo, elemental, un poco tópico, quizá, pero ¿qué quieres? Soy humana... El sexo... No eres tan bueno, Jack, no lo eres... En más de una ocasión tuve que... Ya sabes... Dar un pequeño empujón a tu virilidad... Una pequeña mentirijilla que subiera el listón de todo aquello...

JACK.- Ahí me llevas ventaja... Los hombres no podemos engañar en eso.

SUSAN.- Es un respiro.

JACK.- Continúa, por favor.

SUSAN.- Charly...

JACK.- ¿Otro amante? Vaya...

SUSAN.- No, por favor, la lista de amantes la dejaré para el final... Me refiero a «Charly» ¿Ya has olvidado a tu adorable pastor alemán?

JACK.- ¿Qué?

SUSAN.- No se perdió, Jack. No...

JACK.- ¡¿Qué?!

SUSAN.- Hicimos juntos un viaje del que él no regresó...

JACK.- ¿Me estás diciendo que...?

SUSAN.- No, no lo maté, no soy una asesina de chuchos... Aún debe de vivir feliz en aquella granja. Nunca soporté sus babas, su olor, su asqueroso pelo inundando la casa... ¡Tú quisiste un perro! Qué ideal... «Hola Charly, dame la patita! Buen chico...». Pero luego quien se encargaba de él día a día era yo... De alimentarle, llevarle al veterinario, recoger sus mierdas por la calle... Hasta que vi la luz... «Entra en el coche, Charly, vamos a contarle una pequeña mentira a papi».

JACK.- Eso es asqueroso, Susan, lo es.

SUSAN.- ¿Más o menos que lo que hiciste con mi madre?

JACK.- ¿Tu madre?

SUSAN.- Sí, mi madre. Toda su enfermedad... Nos necesitaba tanto...

JACK- Tu madre fue atendida por los mejores médicos que...

SUSAN.- Que se podían pagar, ¿no? ¿Y lo que no se podía pagar? ¿La ternura se puede pagar?

JACK- ¡No podíamos vivir con una mujer que no recordaba lo que había dicho cinco minutos antes!

SUSAN.- ¡Pues haberlo reconocido! «No, Susan, no soy capaz de aguantar esto». Pero no, en su lugar me largaste toda esa sarta de mentiras, de excusas: «Es mejor para ella, en esa residencia estará mejor atendida...» ¡¿Quién fue la rata huyendo del barco en aquella ocasión? ¿Quién?

JACK- Podías haberte negado.

SUSAN.- Tienes razón... Aquí estuvimos empatados... Me vino mejor sumarme a tu mentira, subirme al carro de la farsa y dejarla morir sola. Eso sí, muy bien atendida. Dónde va a parar, seguro que ella lo prefería así...

JACK- ¿Te queda algo que añadir?

SUSAN.- Sí, me queda, no tengas prisa... ¿No querías la verdad? Ese chico de pelo rubio, rizado ¿Brad se llama? Te odia, ¿lo sabes? Durante años he intentado llamar a las cosas por otro nombre, protegerte del dolor de saber que tu hijo...

JACK- Ya sé que Brad me odia.

SUSAN.- Pero no sabes cuánto... Te sorprendería conocer la verdad.

(**JACK parece tocado por esto.**)

SUSAN.- Te veo cansado, Jack... Así que haré un resumen... Un teletipo... Podría detallarte mil y una pequeñas mentiras más, del día a día, de la convivencia, de la soledad, de la rabia... Y del egoísmo, claro, del propio interés... No soy una santa, ya lo sabes... Dan el dentista te informó... Aunque podría haber sido Kevin...

JACK- Kevin... ¿Qué Kevin?

SUSAN.- «Ese» Kevin en que estás pensando...

JACK- ¿Fuiste capaz de meterte en la cama con mi ayudante?!

SUSAN- ¿En la cama? Déjame recordar... Sí, en la cama también lo hicimos... Incluso en la nuestra. Viajabas tanto. Y en Nueva York hace tanto frío...

JACK- ¡Cuando vea a ese cabrón!

SUSAN- Le das un beso de mi parte. La verdad es que con él no tuve que fingir mucho... Era un profesional.

JACK- ¿Alguien más? ¿Alguien más?!

SUSAN- Nadie que tú conocieras... Al menos no por su nombre. Pero basta de hablar de mí, por favor, es tu turno... ¿No vas a deleitarme con la lista de tus amantes?

(**JACK no dice nada.**)

SUSAN- Ah, ¿no recuerdas? Qué extraño, consulta tus facturas... Las tienes, sí. De hecho yo las vi... Cenas para dos en románticos restaurantes, suites de lujo en hoteles paradisíacos, llamadas telefónicas a números que siempre resultaban ser de mujeres... Pero está bien, no necesito que reconozcas nada... Lo sé. Siempre lo supe. Ésa es una mentira a la que las mujeres nos acostumbramos pronto... Digamos cuando llegáis a los cuarenta y necesitáis paliar vuestra crisis en brazos de cualquier jovencita de pechos firmes y cerebro blando... ¿Qué más da? Hay otras mentiras peores, mucho peores... Las que tienen que ver con... Con todo lo que siempre soñaste... Con... (**SUSAN se para junto a la ventana. La abre y respira un poco de aire fresco.**) Suficiente... No quiero más... La vida es una mentira... Quizá sea eso lo que la hace soportable... Todos tenemos secretos

JACK- Por eso estoy aquí.. Quería conocer los tuyos... Y ofrecerte los míos... Es la ventaja de no estar casados... Al fin, las cartas sobre la mesa.

SUSAN- Te las puedes quedar... Ya no hay nada a qué jugar... Se acabó la partida.

JACK- Quizá no. Ha llegado el momento de que sepas algo... Algo que te hará feliz.

SUSAN.- No creo que nada de lo que tú digas me pueda hacer feliz a estas alturas.

JACK.- No voy a decir nada... Es mucho más simple... Me basta con un gesto.

(JACK agarra el paquete de cigarrillos de SUSAN y sacando uno lo enciende. Aspira el humo con placer.)

JACK.- Aquí lo tienes... Una fabulosa exclusiva para ti... El paladín de la lucha contra el tabaco no es más que un charlatán de feria, un precioso papel de regalo que envuelve la nada más absoluta... **(Fuma.)** Venga, baja a buscar a ese joven y semental becario... Que me haga una foto... Ésta sí que cuesta dinero... Ésta sí que merece la pena ser tomada, no la de mi alopécica cabeza mientras engañó un día más a una entregada audiencia... Ésta es la buena... La que te puede hacer al fin un hueco en una revista de verdad y no en una gacetilla de segunda división... Es para ti... Se lo debo, señorita Susan Mahoney... Aquí tiene la oportunidad para sacarle punta al mundo, para volver a ser esa periodista que creía que podía cambiar las cosas... Ahí tiene un titular... **(Fuma de nuevo.)** «La verdad al desnudo... Jack Rolling ha vuelto a fumar...»

SUSAN.- No, Jack, no... Estás mintiendo otra vez.

JACK.- No, no estoy mintiendo.

SUSAN.- Sí, lo estás haciendo... No es que Jack Rolling haya vuelto a fumar... Es que Jack Rolling nunca dejó de fumar...

(JACK se queda sorprendido con esta afirmación. No se lo esperaba.)

SUSAN.- ¿Crees de verdad que a mí me engañaste alguna vez? Por favor, Jack, por favor... Siempre lo supe... Pero a nadie le interesaba poner las cartas sobre la mesa, ¿para qué? Todos éramos más felices así, en una nube del color del dólar... No... Nunca lo dejaste. Por eso ahora no has vuelto. Simplemente nunca te fuiste...

JACK.- Tampoco he dejado nunca de amarte.

SUSAN.- ¿Puedo aplaudir y o ahora? Esa frase te ha quedado muy bien... Demasiado énfasis en el «nunca» quizá...

JACK.- ¿No puedes por una vez creer algo de lo que diga, de lo que haga?

SUSAN.- ¿Puedes creer tú en mí después de lo que te he contado?

(**JACK no dice nada.**)

SUSAN.- Respuesta correcta... No... La fe no se puede construir. Está o no está Yo no tengo fe en ti. Ni en mí... Ni en nada.

JACK.- ¿Y...? Aún podríamos... Sí, aún podríamos.

SUSAN.- ¿Qué? ¿Mentir juntos un poco más? ¿Merece la pena? No, demasiado tarde. Demasiado tarde...

(**SUSAN le quita el cigarrillo a JACK. Fuma de él.**)

SUSAN.- El amor es como el humo ¿sabes? Está... No está... Crees que lo puedes atrapar, pero... Se fue.

JACK.- Cuando hay humo es porque algo sigue ardiendo.

SUSAN.- No, ya no... No te engañes... Ya no... Ahora vete, por favor.

JACK.- Susan...

SUSAN.- ¡Vete, maldita sea...!

(JACK se dirige a la puerta, dispuesto a marcharse. Se gira, parece que va a decir algo, pero decide no hacerlo. Sale. SUSAN parece desmoronarse... Todo esto la ha superado, pero no quería que él la viese así. Perdida mira el humo que sale de su cigarro. Y lentamente levanta la mano, para que ese humo se eleve. La alarma anti incendios se conecta. Comenzamos a oír una sirena. Cada vez con más intensidad, con más intensidad... SUSAN se deja envolver por ese ensordecedor ruido, como queriendo que su mente quede en blanco...)

(Oscuro.)

(Nota: Sería estupendo que a esa sirena se pudiese sumar el agua que sale de esos pequeños aspersores colocados para combatir los incendios. El autor entiende que eso es una propuesta costosa. Pero sería una imagen tan maravillosa...)

Tercera terapia

Cuadro I

El teatro

Nos encontramos de nuevo en un teatro.

Sobre oscuro escuchamos:

VOZ EN OFF.- Señoras y señores, les recordamos que está terminantemente prohibido reproducir el contenido de este acto, el uso de cámaras fotográficas o de cualquier soporte audiovisual. Las leyes Federales de los Estados Unidos de América perseguirán y castigarán el incumplimiento de esta normativa. Asimismo, rogamos desconecten sus teléfonos móviles y las alarmas de sus relojes... Con todos ustedes el señor Jack Rolling.

(JACK ROLLING sale a escena. Va vestido de nuevo de traje, impecable, igual que en su primera terapia. En realidad todo acontece igual, en una asombrosa repetición. Comienza el espectáculo un día más...)

JACK.- Buenas noches... Mi nombre, como ya saben, es Jack Rolling.. Y también saben cuál es el motivo de mi nueva visita a esta hermosa ciudad de Miami... Así que les ruego que abandonen esa placida expresión de «vamos-a-ver-qué-nos-cuenta-este-señor» y adopten otra mucho más activa, más predispuesta a la colaboración... Yo no estoy aquí para entretenerles... Esto no es una obra de teatro... Esto no es uno de esos ruidosos programas de televisión a los que están acostumbrados... Esto es una terapia... Te-ra-pia... Han venido a explorar los más sucios rincones de su alma... ¿Dispuestos a vomitar? ¿Dispuestos? Piénsenlo, aún están a tiempo... Si alguno de los presentes no se siente preparado para esta experiencia puede abandonar la sala... **(A una señora del público.)** No se ría, señora... Les hablo en serio... Muy en

serio... ¿Dispuestos a vomitar su verdad? **(Pausa.)** Bien, tenemos un ejercito de valientes... Aplaudo su decisión...

(Hay un oscuro repentino. Escuchamos una voces que repiten la frase: La terapia Rolling. De nuevo, vuelve la luz.)

JACK.- Lo básico: llamar a las cosas por su nombre... Ésa es la mejor manera de afrontar los problemas... Ustedes son drogadictos... Están enganchados a un terrible vicio, a una oscura necesidad... No hablamos de una afición, una diversión ocasional, no... Hablamos de una auténtica y nociva dependencia... Vamos, adelante, demos ese paso... Quiero oírlo... ¿Cuál es el nombre de ese terrible monstruo que atenaza sus vidas?

(JACK hace un gesto al público, esperando que alguien le conteste. Pero es presumible que nadie diga nada.)

JACK.- Por favor, no me defrauden... No se comporten como vírgenes ruborizadas... ¿Cuál es el nombre de ese monstruo que atenaza sus vidas?

(SUSAN con un abrigo, como si viniese de la calle, aparece por la puerta del teatro que comunica con el hall. Avanza por el patio de butacas.)

SUSAN.- La mentira...

(JACK se ha quedado sin palabras. SUSAN se acerca al escenario lentamente.)

SUSAN.- La mentira, Jack... Ése es el monstruo que atenaza nuestras vidas... Tú lo sabes, yo lo sé... Estos señores lo saben... Por eso están aquí, por eso han venido hoy hasta este teatro...

(SUSAN ha subido al escenario.)

SUSAN.- Quieren una auténtica terapia... Una terapia Rolling en estado puro... ¿Dispuestos a vomitar la verdad? ¿Dispuestos?

(Escuchamos una ráfaga musical de «La terapia Rolling»)

SUSAN.- (Al público.) Mi nombre es Susan Mahoney... Al menos mi nombre de soltera... Estuve casada veinte años con este hombre... Digamos que le conozco «razonablemente bien»... ¿O quizá no? Hagamos un poco de historia...

(Nota: A partir de este momento, y adornando y reforzando la terapia, veremos proyecciones con fotografías y material relacionado con JACK ROLLING y su vida, muy en la onda de lo que vimos cuando JACK era quien hacia la terapia.)

SUSAN.- (Muy en plan vendedor, como una versión femenina de JACK ROLLING.) Si tenemos en cuenta que el tiempo medio que un adulto «no demasiado perezoso» dedica a dormir es de siete horas y lo multiplicamos por los veinte años que estuve casada, obtendríamos un resultado de cincuenta y una mil cien horas... O lo que igual, dos mil ciento veintinueve días... Cinco años y ocho meses, señoras y señores... Ése es el tiempo que mi cabeza estuvo a escasos veinte centímetros de la cabeza de este hombre, reposando juntos sobre la misma almohada, compartiendo sueños... Y alguna que otra pesadilla... Pero sigamos con los datos... Si tomamos como media que un matrimonio, dejando de lado el trabajo y demás compromisos sociales, comparte al día unas ¿cuatro horas de su tiempo? de una manera más íntima, obtendríamos una cantidad extra de veintinueve mil doscientas horas, mil doscientos dieciséis días, tres años y tres meses... **(Los gráficos proyectados ayudan a ordenar estos datos.)** «Horas de sueño»+ «tiempo compartido» nos dan un computo total de ocho años y once meses... ¡Ocho años y once meses! Ése fue el tiempo que pasé a solas con mi marido durante las dos décadas en que estuvimos casados... No es lo que se dice un suspiro... Y ahora viene la pregunta clave

«¿Creen que eso me hizo conocerle en profundidad?» No me refiero a su manía de levantarse de la cama siempre con el mismo pie, dejar un poco de comida en el plato, no cerrar el tubo de la pasta dentífrica... No, me refiero a algo más íntimo... Más profundo... Su verdadero ser... La respuesta es NO... No sé quién es este hombre... No lo supe entonces no lo sé ahora... De esos ocho años y once meses que vivimos juntos ¿qué fue verdad y qué fue mentira?

(Oscuro. Escuchamos la ráfaga sonora de «La terapia Rolling».)

Orson Welles solía decir: «Todo lo que oigan de mí es verdad, mentiras incluidas...» ¿Es eso cierto? ¿Puede una mentira llegar a convertirse en verdad a través de su repetición? ¿Es eso bueno para nosotros? Antón Chejov, un ilustre dramaturgo ruso, escribió a finales del siglo diecinueve un pequeño monólogo titulado «El daño que hace el tabaco»... En él, un pobre hombre llamado Niujin era forzado a dar una conferencia para satisfacer las inquietudes sociales de su esposa... Y a pesar de lo mucho que le gustaba fumar se veía en la obligación de convencer a la audiencia de las desventajas de esta adicción... Tuvo que mentir... Pero ¿por qué lo hizo? ¿Por qué no se negó? ¿Por la presión de su entorno o por su propia necesidad? ¿Era la mentira una adicción sin la que ya no podía vivir?

(Este titular: «EL BIEN QUE HACE MENTIR» aparece en la pantalla con grandes letras luminosas.)

Y como no contamos con el talento del gran Chejov para preparar esta conferencia, necesitaré la ayuda de alguno de los presentes... ¿Algún voluntario? ¿Qué tal usted? (SUSAN se acerca unos pasos a JACK.) Vamos, no me voy a comer a nadie... (Bromea.) Por ahora... (Señala a alguien.) Agradecería mucho su apoyo...

(JACK al fin, se acerca a SUSAN.)

JACK- Gracias... Demos un aplauso a este maduro caballero...

(Un técnico saca al escenario una silla. JACK se sienta en ella al fin, como asumiendo su nuevo rol: ahora es él el paciente.)

SUSAN.- ¿Cuál es su nombre?

JACK- Jack Rolling...

SUSAN.- Jack, bienvenido... ¿Es de aquí, de Miami?

JACK- Soy de Nueva York...

SUSAN.- Chico con suerte... «Si lo puedes hacer allí...»
(Sonríe.) Bien, Jack, ¿usted miente?

JACK- Sí...

SUSAN.- E imagino que ha venido a esta terapia para dejar de hacerlo...

JACK- Lo he intentado cientos de veces y...

SUSAN.- Sí, sí, conozco el resto... Bien, Jack. Adelante, mienta...

JACK- ¿Cómo?

SUSAN.- Sí... Si le apetece, abra la boca y deje escapar una mentira. Una que crea que debe compartir con nosotros esta noche...

(JACK no dice nada.)

SUSAN.- ¡No hay truco! Si quiere mentir, mienta... **(Al público, bromista.)** Si llegan a saber que necesitaba un voluntario para esto seguro que hubiera tenido más candidatos...

(JACK sigue sin abrir la boca.)

SUSAN.- ¿No se le ocurre nada, Jack? Tranquilo, y o le ayudaré... Siempre llevo una mentira en la chaqueta por si un hombre necesita salir del apuro... Ex mentirosa, sí, tonta no.

(**SUSAN saca de su bolsillo un paquete de cigarrillos y se lo tiende a JACK.**)

SUSAN.- Adelante...

(**El técnico de antes sale a escena y le da a JACK UN CENICERO. SUSAN saca un mechero y le da fuego a JACK. Éste, al fin, enciende el cigarrillo. Y da una calada.**)

JACK.- Mi nombre es Jack Rolling y soy un mentiroso... Durante muchos años estuve vendiendo por todo el mundo una terapia falsa, un cúmulo de mentiras en las que no creía, pero de las que no era capaz de escapar... Pensaba que decir la verdad acabaría con todo lo que había construido, que mi vida entera se desvanecería como un castillo de arena azotado por el viento... Hice mucho daño, lo sé... Estafé los sueños y las creencias de muchas personas... Y ahora... (**Se calla.**)

SUSAN.- Ahora ha llegado el momento, Jack. Tú puedes hacerlo, lo estás haciendo...

JACK.- No sé si puedo... No soy capaz.

SUSAN.- No se siente capaz... En cambio, ¿se siente capaz de seguir mintiendo?

JACK.- Sí. Es más fácil seguir...

SUSAN.- ¿Por qué es más fácil seguir que no seguir? En realidad, seguir haciendo algo suele ser más duro que dejar de hacerlo.

JACK.- Bueno... Está la dependencia a la mentira. Yo... No tengo fuerza de voluntad...

(**SUSAN se acerca a JACK. Comienza a envolverle en una**

espiral de energía y auto convencimiento. Pone toda la carne en el asador.)

SUSAN.- (Firme, rotunda.) ¡Claro que la tiene! ¡Muchísima! Si no, ¿cómo se explica que siga mintiendo a pesar de todos los inconvenientes que ve? ¡Hay que tener mucha fuerza de voluntad para no dejar de mentir! ¡Oh, sí! Dejarlo es fácil... ¿Quién no querría dejar algo tan nocivo, desagradable y antinatural? ¡Cualquiera puede hacerlo! ¡Fácil! ¿Pero continuar? ¡Continuar es lo complicado! ¿No se da cuenta? El mundo le quiere convencer de que no lo va a conseguir... Le va mucho en ello... Pero en realidad es tan sencillo como reconocer todas las mentiras y no volver a inventar otras nunca más... ¡Nadie puede obligarle a seguir! Nadie le va a poner una pistola en la sien para forzarle... Usted elige, Jack... ¡Usted elige! Y si elige ser valiente, será libre... ¡Créame! Libre tal y como era antes de inventar la primera mentira de su vida... ¿No lo recuerda? Levántese Jack, levántese... Hagamos historia...

(JACK, un poco aturdido, se levanta.)

SUSAN.- ¿No recuerda cómo era su vida cuando no mentía? Volvamos a ese momento...

JACK.- Todos mentían en mi familia...

SUSAN.- ¿Y usted quería ser aceptado por ellos? ¿Quería ser uno más?

JACK.- No quería defraudar, no quería que se burlasen de mí...

SUSAN.- Pensó que mentir le haría un hueco...

JACK.- Mentir me hizo un hueco... Me hizo mayor.

SUSAN.- ¿Y ahora? ¿Ahora cuál es la excusa para seguir dependiendo de una mentira que le hace infeliz cuando no la está diciendo y le mata lentamente cuando lo hace?

(**JACK parece cada vez más afectado por lo que oye.**
SUSAN parece presa de un verdadero subidón
energético.)

SUSAN.- ...Si fuera de nuevo aquel niño... Si fuera aquel niño pero con sus conocimientos de ahora... Si tuviera una segunda oportunidad... ¿Volvería a cometer el mismo error?

(**JACK no sabe qué decir.**)

SUSAN.- ¡Cierre los ojos, Jack...!

(**JACK cierra los ojos.**)

SUSAN.- Y escuche su voz interior... ¿Ha sido ésta su última mentira? ¿Le va a decir adiós para siempre a ese monstruo que usted mismo ha creado? ¿Está preparado para abrir los ojos? ¿Está preparado para vivir en la verdad?!

(**Oscuro repentino. Oímos la cortinilla musical. Al volver la luz, JACK parece recuperarse lentamente. Se dirige al público.**)

JACK.- Ésta es mi historia... Ya la conocían, pero hemos querido volver a recrearla una vez más, a compartir con ustedes nuestra terapia... Siento que les debía una explicación, les había engañado.. Yo fumaba, sí, lo hacía a escondidas, furtivamente... Nunca dejé de hacerlo... Me subía a este escenario a mentirles, a convencerles de algo en lo que no creía... «Lo difícil es seguir fumando»... Les pido perdón... No saben cuánto lo siento... Ustedes compraron mis libros, llenaron los teatros para oírme... Y les fallé... Por eso, me animé a escribir un nuevo libro... Por eso volví a dar charlas, a hacer terapias, a recorrer el mundo... Por ustedes, por compensarles de alguna manera en todo el daño que les había hecho... (**Se gira a SUSAN.**) Pero nada de esto hubiera sido posible sin ella... Sin Susan Mahoney... Bueno,

Susan Rolling de nuevo... Nos hemos vuelto a casar, ya lo saben... La verdad nos volvió a unir aquí, en esta hermosa ciudad de Miami hace ya dos años... Fui a verla a la redacción de la revista en la que colaboraba... Quería... No sé... Atacarla, recuperarla... En el fondo, necesitaba su ayuda... Y ella me tendió la mano...

SUSAN.- La verdad es la única manera de afrontar el amor... De afrontar la vida... Él fue capaz de dar ese paso, de compartir conmigo su secreto. Y después, de compartirlo con ustedes...

JACK.- Háganme caso... Sean honestos... Cueste lo que cueste... Es doloroso, sí, lo es, pero merece la pena... A mí me ha hecho reencontrarme con mi verdadero ser...

(**JACK abraza a SUSAN.**)

JACK.- Y reencontrarme con ella... Dios les bendiga.

(**Oscuro.**)

VOZ EN OFF.- En el hall pueden encontrar libros, dvds y vídeos de «Lo difícil es seguir mintiendo». Muchas gracias por su asistencia. Les deseamos una feliz vida sin mentiras...

Cuadro II

El camerino

SUSAN está en el camerino. Se está cambiando de ropa. Parece cansada, no es esa misma mujer llena de energía que acabamos de ver en acción. **JACK** entra.

JACK- ¿Se puede?

SUSAN- Ya estás dentro... De todas manera, te agradecería que llamases antes de entrar.

JACK- Cuánto formalismo para ser marido y mujer.

SUSAN- Sólo en el escenario, señor Rolling. Sólo en el escenario...

JACK- Por cierto. Hoy has estado muy bien.

SUSAN- ¿Debo tomarme eso como un cumplido?

JACK- Intento ser amable...

SUSAN- Déjalo... No halagues lo que hacemos. No es más que un negocio.

JACK- ¿Has quedado con alguien?

SUSAN- No es asunto tuyo.

JACK- Vamos... Simple curiosidad... Miami fue tu hogar. Al menos un tiempo.

SUSAN- Está bien... He quedado con Michael, ¿recuerdas?

JACK- ¡Como olvidarlo! Tu becario y joven semental... Debíó de quedar destrozado con la noticia de nuestra reconciliación y posterior boda.

SUSAN- Hoy es una buena ocasión para compensarle, ¿no crees?

JACK- Sin duda...

SUSAN.- Me voy a quedar unos días acá... Me encanta este clima... Nos vemos en Boston, la semana que viene ¿no?

JACK.- Sí... Y después Europa... Esos condenados europeos mienten como demonios...

(**SUSAN termina de recoger sus cosas. Se dirige a la puerta.**)

SUSAN.- Adiós, Jack...

JACK.- Espera.

(**SUSAN se gira, esperando a que hable.**)

SUSAN.- (**Tras una pausa, al ver que no dice nada.**) ¿Qué?

JACK.- No, nada...

SUSAN.- Habla.

JACK.- Todo esto... ¿No te toca? En algún punto de ti no sientes...

SUSAN.- No... No siento nada... Tú tampoco deberías... ¿Para qué? Volvimos a intentarlo, volvimos a jugar a maridos y mujeres, nos esforzamos, pero... (**Teatral.**) «El amor es un junco que marca su propia dirección...». Lo puedes doblar, intentar moldear, pero... Siempre volverá a ser lo que era antes... No hay solución... Tú y yo lo sabemos.

JACK.- ¿Y esa pobre gente? Esa pobre gente que nos mira cada noche desde su butaca y cree en lo que estamos haciendo, cree de verdad que lo hemos conseguido, que hemos ganado la batalla a la mentira... Que somos felices cuando apenas nos miramos a la cara... ¿No sientes nada por ellos?

VOZ DE MUJER.- (**Desde fuera del escenario.**) ¿Señores Rolling?

JACK.- ¿Sí?

VOZ DE MUJER.- (Desde fuera del escenario.) ¿Tienen un minuto? Acabo de ver su terapia y...

(JACK mira a SUSAN. Ésta hace un gesto de asentimiento y deja su bolso.)

SUSAN.- El negocio es el negocio...

(Los dos se revisten de nuevo de esa luz y esa energía que transmiten en el escenario. Quien entra es YOLMA, la mujer a la que JACK trató hace ya dos años, en aquella lejana terapia para dejar de fumar.)

YOLMA.- Perdonen, no quiero molestarles.

JACK.- No es molestia, por favor... Mi mujer y yo estamos encantados en saludarla.

SUSAN.- Por supuesto.

YOLMA.- (A JACK.) En realidad, usted y yo ya nos conocemos.

JACK.- ¿Ah, sí?

SUSAN.- (Bromea.) Espero que no sea nada íntimo...

YOLMA.- No, no... Fue hace dos años, aquí, en este mismo teatro... Entonces usted vino con su terapia «Lo difícil es seguir fumando»... Yo subí al escenario.. Usted trabajó conmigo y luego me armé de valor y vine a verle a su camerino, a agradecerle lo que había hecho por mí.

JACK.- Sí, ahora recuerdo... Usted era...

YOLMA.- Yolma.

JACK.- Eso, Yolma.

SUSAN.- Jack no tiene buena memoria para los nombres. Lo suyo son las cifras... ¿Verdad, Jack?

JACK.- Verdad.

YOLMA.- ¿Sabe que dejé de fumar para siempre? Gracias a usted... Lo dejé... Nunca más... Por eso, cuando leí en la prensa la noticia de que usted... Bueno, de que usted había mentido me sentí un tanto confundida... Y he de confesar que estuve a punto de ir a comprar un paquete de cigarrillos y... Pero luego lo pensé... Me senté y recordé todo lo que usted me había dicho aquel día... Y como me sentí... Y lo feliz que era desde que me había librado de aquel monstruo, de aquella adicción... Al cabo de un tiempo, volví a tener noticias tuyas, de su coraje, de su valentía a la hora de escribir otra vez, de volcar sus experiencias en un nuevo libro «Lo difícil es seguir mintiendo». (**YOLMA saca un ejemplar de su bolso.**) Lo compré, claro... Lo leí docenas de veces...

(**JACK sonríe con cierta melancolía.**)

Ya, ya sé que con una es suficiente, pero... Yo no quería dejar de mentir. Estaba aferrada a la mentira, a la culpa... Su libro fue tan revelador... (**Mira a SUSAN.**) Bueno, el libro de los dos... Abrir su corazón de esta manera, compartir con el mundo sus mentiras, sus miserias... Regalarnos su verdad... Cuando me enteré de que visitaban Miami no lo dude un momento, quería estar aquí... Y... ha sido increíble... Su ejemplo es un ejemplo para todos nosotros.

JACK.- Eso es maravilloso, Yolma.

YOLMA.- Quizá esté loca pero... Estoy pensando volver a llamar a mi ex marido ¿recuerda? El hombre sin cabeza...

JACK.- (**Sonríe.**) Sí, lo recuerdo.

YOLMA.- Quizá nosotros también tengamos una segunda oportunidad, como ustedes... Quizá consigamos perdonar tanta mentira y ser de nuevo felices... Quizá... (**Tras una pausa.**) Nada más... No les quiero entretener... Tendrán cosas que hacer, querrán cenar y... La noche de Miami es muy divertida... Seguro que lo pasan bien... (**De corazón.**) Gracias por todo. Gracias.

(**YOLMA va a salir.**)

SUSAN.- Yolma... Espere...

(YOLMA se gira. JACK mira a SUSAN, como temiendo (o quizá soñando) que vaya a confesar la verdad a esta mujer.)

SUSAN.- (Sonríe encantadora.) ¿Quiere que le dediquemos el libro?

YOLMA.- (Radiante.) Oh, claro... Sí. Sería un honor.

(YOLMA le tiende el libro. SUSAN lo coge y lo firma en la primera página. Después se lo tiende a JACK, que duda un momento antes de cogerlo y estampar también su firma en él.)

YOLMA.- Gracias... Esto es más de lo que yo... Gracias. Gracias.

(La mujer sale. JACK y SUSAN se miran en silencio, asimilando todo lo que acaban de oír.)

SUSAN.- Ahí tienes tu respuesta... Ahí tienes a tu pobre gente... ¿Qué más da lo que tú sientas? ¿Qué más da tu verdad o tu mentira? Sé realista... No depende de ti, ni de mí, Jack... ¿Es importante que el Papa crea de verdad en Dios? No... Lo importante es que los católicos crean en el Papa.

JACK.- Has ganado la carrera, Susan. Enhorabuena. Has llegado mucho más allá. Las mujeres siempre llegáis mucho más allá... En lo bueno y en lo malo... Pedís ternura pero sois capaces de hundir el puñal hasta el fondo si hace falta... Sin dudar un instante.

SUSAN.- Pero ¿sabes una cosa? Siempre sabemos por qué lo hacemos. Hay una razón, un porqué... Pero vosotros ¿por qué Jack? ¿Por qué?

JACK.- No lo sé... Nunca lo he sabido... Sencillamente

ocurre... No lo planeas, te dejas llevar... Aquel día, aquel frío martes 13 de enero, cuando entré en la cocina y me acerqué a la nevera, a pegar un trago a la botella de leche, vi perfectamente que estabas vestida, vi tu maleta sobre la mesa y vi tus ojos enrojecidos por el llanto... Claro que lo vi... ¿Cómo no iba a verlo, Susan? Pero no supe qué hacer, no supe qué decir... Tan sólo se me ocurrió dar la vuelta y volver a la cama, convencerme de que aquello había sido un sueño, un mal sueño... Ojalá que todo en mí tuviese un porqué... Ojalá que siempre hubiese una razón... Te hubiese hecho mucho más feliz.

SUSAN.- (Tras una pausa.) Te veo en Boston.

(SUSAN va a salir al fin.)

JACK.- ¿En serio has quedado con ese becario?

SUSAN.- No...

JACK.- ¿Me dices la verdad?

SUSAN.- ¿Por qué tendría que mentirte? ¿Por quién me tomas?

(JACK se sonríe. SUSAN sonríe también.)

SUSAN.- Lo juro por la terapia Rolling... Me voy a pasear mi soledad por Coral Cables.

JACK.- ¿Tomarías una copa conmigo?

SUSAN.- Somos marido y mujer, pero no nos hablamos fuera del horario de oficina...

JACK.- Lo que nos convierte en compañeros de trabajo.

SUSAN.- Más o menos...

JACK.- ¿No puedes tomar una copa con un compañero de trabajo?

(SUSAN mira a JACK en silencio.)

SUSAN.- ¿Tiene sentido que lo intentemos?

JACK.- No.

SUSAN.- Respuesta correcta... Voy a ir pidiendo un taxi, le espero fuera, señor Rolling.

(SUSAN sale. JACK coge sus cosas en silencio, dispuesto también a marcharse. Enciende un cigarrillo. Apaga las luces. Va a salir, pero se detiene y mira hacia arriba, como si hablase con alguien.)

JACK.- (Niega con la cabeza.) Qué más da... Fe... Ésa es la palabra... ¿verdad Orson? Fe...

(JACK da una calada, apaga la última luz que quedaba encendida y al fin sale del camerino.)

FIN